

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
PIRATERIA
SIDERAL
VAN S. SMITH

Van S. Smith

Piratería sideral

Editorial Valenciana, 1962
Luchadores del espacio nº 212

Scan y e-book: Jack!2014
[Notas tomadas de la edición Silente]

Capítulo primero

El hombre, al despedirse de este terreno mundo para emprender ese viaje al Más Allá del que jamás se vuelve, se marcha generalmente disgustado, lleno de amargura, decepcionado.

El hombre piensa que la vida es corta y que en ella apenas si hay tiempo para que ocurran cambios tan importantes como para que él sienta que verdaderamente ha merecido la pena pasar por el mundo y estar presente mientras se producían esos cambios.

La realidad es que el mundo es un escenario cambiante, en el que no transcurre un solo minuto sin que ocurra algo nuevo.

Considerados aisladamente, estos pequeños sucesos no parecen que vayan a trastocar profunda, ni siquiera superficialmente, los hábitos contrariados por el hombre, su forma de vivir, o su manera de pensar. Mas tomados englobadamente, todos estos pequeños cambios afectan de una manera decisiva a toda una generación, formando lo que hemos dado en llamar progreso de la Humanidad.

Los cambios que han afectado al mundo, desde la remota antigüedad al presente, adquieren toda su auténtica importancia únicamente cuando se les considera agrupados en edades.

Por ejemplo, hay diferencia notoria entre el hombre que tripula una cosmonave y abandona la Tierra para viajar hasta Marte, y el hombre primitivo que, vestido de pieles, salía de caza llevando como armas una maza de piedra y un palo a cuyo extremo había atado una afilada punta de pedernal.

Ese cambio, sin embargo, afecta a un número considerable de generaciones que se han sucedido en una línea ininterrumpida de milenios, aportando cada una el pequeño descubrimiento, el menudo adelanto y el resumen de sus experiencias y fracasos. El hombre, tomado como individuo, es, a los efectos de la complicada estructura del progreso, apenas un ladrillo sobre el que se apoya su obra de conjunto. Una obra que, tosca y primitiva en sus cimientos, va cambiando de forma y se estiliza cuanta mayor es su altura.

El hombre que está arriba de ese edificio y mira hada abajo, calibra a simple vista la gran distancia que le separa del basamento de esta obra que llamamos civilización, pero ignora al humilde ladrillo que, formando pared, ha permitido que él alcanzase las alturas desde donde contempla el pasado y tiende su mirada impaciente al futuro.

Luego, el espectador que está arriba pasará a su vez a ser piedra de segunda, de tercera, de cuarta y de quinta línea...

El hombre sólo puede ser testigo de aquella pequeña parte de la Historia que él protagoniza. A lo sumo conoce por referencias su lugar de procedencia, pero nunca sabe, ni siquiera es capaz de prever, quiénes serán sus descendientes del futuro ni qué alturas insospechadas alcanzarán sobre esa estructura gigantesca de la que pronto pasará a ser molécula anónima petrificada.

Si para calibrar la importancia de los cambios ocurridos en el mundo, tomamos como medida el paso de una generación a otra, vemos, por ejemplo, que los hombres que vivieron en los días que Finan se aproximaba a la Tierra, fueron protagonistas de un acontecimiento histórico que, sólo 30 años después, era en el concepto de una nueva generación un hecho tan remoto como el descubrimiento de América por los españoles.

Medio siglo después de la irrupción de este nuevo planeta en el sistema solar, grandes y decisivos cambios habían alterado el curso de la Historia y trastornado profundamente la geografía.

La primera consecuencia, por la cual llegarían encadenadas las restantes, fue el desplazamiento de los polos terrestres, causada por el desequilibrio de las fuerzas gravitatorias alteradas por la introducción de Finan.

El nuevo Polo Norte de la Tierra quedó ubicado en territorio de los Estados Unidos de América. Norteamérica quedó sepultada bajo los hielos, las largas noches invernales de seis meses consecutivos se alternaron con el día de seis meses de verano, y la nación que fue rica y poderosa se vio en el inminente trance de adoptar el sistema de vida de los esquimales de Groenlandia para sobrevivir.

Los americanos, entonces, adoptaron una resolución heroica, consistente en emigrar en masa trasladándose a Finan.

La suerte estuvo una vez más del lado de los americanos, pues los habitantes de Filian, aunque poseedores de una alta técnica, eran demasiado pocos en número para resistir aquella avalancha de 200 millones de americanos que cafan sobre su planeta, dispuestos a conquistarlo o dejar la vida en la empresa.

Consecuencia de esto fue que los tritones supervivientes de Finan se trasladaron a Venus, en cuyos inmensos océanos debían encontrar la soledad, el espacio y el medio adecuado a su naturaleza, ya que los tritones eran reptiles en la escala zoológica y gozaban del privilegio de ser seres anfibios.

Siguiendo la cadena de los acontecimientos, mientras los americanos repetían en Finan su épica conquista del Oeste americano, y los tritones marchaban hacia el exilio en la paz y la soledad de Venus, en la Tierra se sucedían los cambios políticos y geográficos que finalmente desembocarían en sangrienta guerra.

El desplazamiento de los polos, que había arruinado a los Estados Unidos eliminándole como potencia terrestre, había favorecido en cambio a los rusos, suavizando hasta hacer templado el crudo clima de sus dilatadas estepas siberianas. Así ocurrió que mientras los americanos asentaban sus nuevas ciudades y roturaban la fértil tierra virgen de Finan, los rusos llevaban a cabo una labor semejante en sus nuevas tierras rescatadas a los hielos y las nieves de la Siberia.

Entretanto, advertidos de la amenaza que para ellos representaba la proximidad del gigante ruso, los alemanes se procuraban una válvula de escape a sus reprimidos anhelos de expansión, emprendiendo a un costo verdaderamente astronómico la rehabilitación y colonización del moribundo planeta Marte.

Los germanos, ciertamente, mostraron ser previsores en esta ocasión. Cuando el oso ruso, finalmente, alargó sus poderosas zarpas y se zampó lo que quedaba de Europa hasta los Pirineos, los alemanes repitieron, en una escala más modesta, lo que los norteamericanos habían hecho unos años antes.

Se despidieron de su patrio solar, se apiñaron en sus gigantescas cosmonaves de transporte y volaron hacia su nueva patria en Marte, donde, ¡por fin!, habían de encontrar ancho campo para sus siempre malogrados sueños de crear un gran imperio.

En la Tierra, ausentes los Estados Unidos y eliminada Europa, una nueva competencia se entablaba entre las tres potencias, a saber: Rusia, China e Hispanoamérica. China, por una parte, se anexionaba toda el Asia entablando disputas con Rusia sobre los territorios fronterizos de la Manchuria. Los estados de centro y Sudamérica, conscientes de la necesidad de agruparse en bloque en busca de apoyo mutuo, no tardaron en unirse en una Confederación de Estados Hispanoamericanos que, viniendo a suplir la falta de los Estados Unidos de Norteamérica, equilibró las fuerzas en aquel hemisferio sirviendo de freno a la expansión rusa, tanto política como económica.

La guerra atómica, largamente demorada entre Rusia y los Estados Unidos, estalló en el momento más inesperado, con todas sus funestas consecuencias, entre Rusia y el Imperio Asiático regido por los chinos. Los dos gigantes quedaron destrozados en la lucha.

Una consecuencia de esta desastrosa contienda fue la reaparición de la piratería que, en una versión supermoderna, vino a tener por centro de reunión y seguro puerto de refugio el satélite de Júpiter llamado Ganímedes.

En un principio condominio de las Naciones Unidas, cuando las Naciones Unidas todavía existían, Ganímedes había gozado de un régimen de excepción en razón de su enorme lejanía, a 500 millones de kilómetros

del planeta habitado más próximo, que era Marte.

Cubierto de selvas inmensas, Ganímedes era un mundo tropical, especie de isla verde en la inmensidad del espacio vacío teniendo por vecino al gigantesco Júpiter, masa fluida e incandescente del cual recibía la luz y el calor como de un sol secundario y más próximo que el verdadero Sol, padre de Ganímedes, de Júpiter y los demás planetas del sistema[1].

Rico en minerales raros, entre ellos el oro, el platino y el uranio, Ganímedes había sido por varios años una colonia de penados, presidio sideral del que jamás nadie logró escapar, hasta que la colonia penal, más numerosa que la guardia allí destacada para su custodia, se sublevó un buen día pasando a cuchillo a la guarnición.

Parecía casi lógico que después de esto los condenados se declararan independientes e incluso llegaran a formar su propio gobierno. Pero esto, en verdad, no hubiera sido propio de una tan numerosa colonia de ladrones, asesinos y derrelictos de la peor laya.

Mientras el resto del orbe vivía sus propios problemas, demasiado ocupados todos para preocuparse por aquel remoto islote cósmico perdido en la inmensidad del espacio, la anarquía más absoluta reinó en Ganímedes, siendo la única ley reconocida la ley del más fuerte o el más osado.

Luego, de una forma más bien tácita, Ganímedes fue aceptado como un lugar del infierno al que se dirigían aquellos que, por tener alguna cuenta pendiente con la Justicia, buscaban voluntariamente el destierro allí donde era regla de etiqueta no hacer preguntas a nadie sobre su pasado. Los primeros en entablar contacto con la levantisca colonia de ex presidiarios, fueron unos cuantos comerciantes desaprensivos que, dejando en Ganímedes sus cargas de pequeños artículos manufacturados, hicieron su agosto regresando a la Tierra con sus naves atiborradas de oro, uranio, titanio y otros minerales por los que se pagaban altos precios tanto en la Tierra como en Marte, Finan e incluso Venus.

Traficantes, fugitivos de la Ley, desertores y exiliados políticos, personajes caídos en desgracia en los regímenes totalitarios de Europa y Asia, empezaron a llegar de todas partes del orbe conocido. Ganímedes fue pronto famoso como puerto de refugio de los piratas y contrabandistas siderales y en el vocabulario profesional de los cosmonautas, pasó a designársele con el sobrenombre que antaño hiciera famoso un paraje muy frecuentado por los corsarios del Caribe: La Isla de la Tortuga.

* * *

Todo cuanto antecede era bien sabido por el teniente de navío Zach Sawmill cuando, escapando de la persecución de los destructores de la Armada Sideral de Finan, decidió poner rumbo a Ganímedes.

Desde hacía 63 días, en que se tomó la arriesgada decisión de embarcar al comandante, a los oficiales y al resto de la tripulación leal en un par de aerobotes en las proximidades de Marte, Zach Sawmill mandaba el crucero sideral por su cuenta y riesgo, a sabiendas que era buscado por toda la Armada Sideral de Finan con órdenes expresas de destruirle.

Como era de esperar que sucediera, apenas el comandante Neihardt estuvo a salvo en Marte, se apresuró a correr a la embajada de Finan, para dar cuenta de lo ocurrido. Casi a partir de este momento, Sawmill había estado interceptando mensajes cifrados del Estado Mayor de la Armada a los almirantes jefes de las flotas siderales que se encontraban patrullando el espacio, ordenándose a estos perseguir, capturar o destruir a los rebeldes del *Ohio*.

A bordo del *Ohio,* Zach Sawmill acababa de recibir a una comisión de tripulantes presidida por el contramaestre Duncan Dimsdale, hombre recio, rudo y que gozaba de extraordinaria popularidad en la flota.

—¿Qué ocurre, Dimsdale?

Zach Sawmill era un hombre de acusada personalidad, sereno, tranquilo, justamente la clase de individuo flemático y valeroso que a uno le gustaría tener al lado en un momento de verdadero apuro.

Alto, de cabellos oscuros y nariz aguileña, Sawmill conservaba como una tradición honrosa aquel aire distinguido que dos generaciones atrás solamente eran capaces de poseer los auténticos caballeros nacidos en noble cuna.

La sola pregunta de Zach Sawmill: «¿qué ocurre, Dimsdale?», pareció desarmar a los cosmonautas y aplacar los ánimos exaltados de la comisión.

Duncan Dimsdale, gorra en mano, hizo una mueca de contrariedad al mismo tiempo que levantaba sus cuadrados y robustos hombros. Señaló a los hombres que estaban tras él.

-Estos, señor. Han estado escuchando a la radio de Marte, de donde se dice que toda la Armada anda buscándonos para capturarnos o destruirnos.

-¿Y bien?

-Señor, queremos saber si eso es verdad -dijo un sargento especialista sacando su cara por encima del hombro de Dimsdale.

—Por supuesto, si los buques que nos están persiguiendo logran darnos alcance, no vacilarán en largarnos sus torpedos.

La más viva alarma se pintó en el rostro de la mayoría de los presentes.

— ¿Entonces, va en serio? —preguntó un sargento llamado North.

La dura mirada de Sawmill se clavó en el joven rostro del sargento.

—¿Qué quiere decir con eso de si va en serio, North? Somos rebeldes, cosmonautas de la Armada Sideral de la República de Finan convictos del delito de alta traición, ¿no es eso?

—Bueno, pero lo somos de mentirijillas, eso es lo que quise decir.

Un colérico puñetazo de Sawmill sobre su mesa de trabajo hizo palidecer al imprudente sargento. Sawmill se puso en pie, dominando al grupo con su gran talla.

—Escuche esto, North, y que atiendan también todos los demás. No es ningún juego la misión que estamos realizando. Uno por uno se les escogió entre los más prudentes y responsables para formar este grupo de supuestos rebeldes. Excepto un contado número de personas, las estrictamente precisas, tanto el resto de la Armada, como los compañeros a quienes obligamos a abandonar esté buque, nuestras familias y el resto del mundo, nos suponen unos auténticos rebeldes alzados en motín contra nuestro comandante y la autoridad del gobierno a quien pertenece este buque. La diferencia entre unos auténticos rebeldes y unos amotinados que representan una comedia, no es tan importante para el concepto que de nosotros forme el mundo, como para el éxito de la misión que nos ha sido encomendada. Para que nuestros enemigos nos crean realmente rebeldes, nuestros propios amigos deben creerlo también. La vida de todos nosotros, y lo que es más importante, el éxito de esta misión secreta, dependen de la naturalidad con que nosotros seamos capaces de representar esta comedia. Usted no ha sido capaz de guardar el secreto, North.

-¡Pero si todavía estamos a bordo y nadie nos escucha ni nos ve, señor! —exclamó el sargento[2].

—Si por el hecho de estar entre amigos, no es capaz de mantener la boca cerrada, North, probablemente habrá una segunda ocasión en que, por un exceso de confianza, se delatará a sí mismo y nos perderá a todos los demás. En resumidas cuentas, ¿qué es lo que les preocupa?

Los hombres se miraron entre sí sin que nadie, por el momento, se atreviera a hacerse portavoz del pensamiento de los demás.

Fue Dimsdale quien, finalmente, cediendo a las miradas de súplica y apuro de sus compañeros se atrevió a hablar.

—Señor, esto es lo que nos preocupa. Si la Flota nos da alcance y nos acorrala, y nos conmina a rendirnos, ¿qué hemos de hacer? ¿Nos entregaremos? ¿O tendremos que trabar combate con nuestros propios barcos, destruyéndoles o dejándonos destruir por ellos? ¿Hasta dónde estamos dispuestos a llegar con este juego, señor? Eso es lo que nos preguntamos.

Zach Sawmill miró primero a Dimsdale y luego, uno por uno, a los jóvenes cosmonautas que se escudaban tras el gigante.

—¿Les preocupa saber qué ocurrirá, Dimsdale? Pues bien, no va a ocurrir nada. Ni nos dejaremos coger, ni tendremos necesidad de entablar combate con nuestros propios buques, ni, por supuesto, nos dejaremos torpedear por ellos. El almirante Schnitzler no logrará darnos alcance antes que lleguemos a Ganímedes. Y sí llegara a alcanzamos, nos defenderíamos

con nuestra coraza negra. El plan se va desarrollando según lo previsto. Todo va bien. No hay por qué preocuparse. Y en el caso que alguien tuviera que preocuparse por algo, eso me incumbe exclusivamente a mí. Ustedes esmérense por representar su papel según las instrucciones y ya verán como todo sale a pedir de boca.

Visiblemente tranquilizados, los cosmonautas empezaron a salir de la cámara. Todos excepto Dimsdale, quien fue retenido por Sawmill.

—Quédese, Dimsdale. Tenemos que hablar.

Al salir el último hombre, Sawmill cerró la puerta de acero y se encaró con el contramaestre.

-Me sorprende verle presidiendo una comisión de timoratos y viejas alcahuetas, Dimsdale. ¿Qué ha ocurrido en realidad?

Duncan Dimsdale dio nerviosas vueltas a la gorra entre sus fuertes y toscas manos.

—Los muchachos están intranquilos, señor. De modo que me pareció lo más adecuado reunirles a todos y traerles a su presencia para que usted mismo les aclarase sus dudas. Todo empezó cuando el sargento North hizo circular la copia de un cable que acababa de interceptar.

—¿Un radio? ¿A cuál se refiere?

—Era un mensaje del almirante jefe del Estado Mayor de la Armada al almirante Schnitzler, jefe de la flotilla de destructores, ordenándole «detenernos a todo trance». Los muchachos creían que la persecución formaba parte de la comedia que estamos representando. Saber que el propio Schnitzler lo ignoraba y que el Estado Mayor le azuzaba para que nos diese caza a toda costa, les desconcertó.

— Está bien, Dimsdale. Eso deja aclaradas todas mis dudas. Puede retirarse.

Después de salir el contramaestre, Sawmill quedó unos minutos reflexionando en la soledad de su camarote. Finalmente, tomando su escafandra de titanio y cristal, abandonó la cabina y se encaminó por el pasillo hacia la cámara de derrota.

El teniente Elrod, que era el único oficial además de Sawmill que quedaba a bordo, ocupaba uno de los confortables sillones ante el intrincado tablero de instrumentos y la gran pantalla cinerámica de televisión.

Con Elrod se encontraba el sargento Rowe, a quien trataban de instruir a título de copiloto en el manejo de la enorme y complicada astronave.

-Creo que recibió a una comisión de tripulantes -dijo Elrod volviendo la cabeza—. ¿Qué querían?

-El sargento telegrafista hizo circular una copia del mensaje en que el Estado Mayor ordenaba a Schnitzler detenernos a toda costa.

Eso al parecer alarmó a los muchachos. Ellos creían que la persecución

del almirante Schnitzler formaba parte de la comedia.

-¡Dios mío! ¿Pero no lo es? — exclamó el sargento Rowe alarmado volviendo la cabeza.

Los dos oficiales cambiaron una mirada. Luego Elrod se echó a reír.

Sawmill se inclinó hacía el cuadro de instrumentos. Luego preguntó:

—¿A qué distancia llevamos a los destructores?

Elrod dejó de reír y contestó poniéndose serio:

—He estado haciendo un pequeño cálculo. De acuerdo con el resultado obtenido en kilómetros y horas, es inevitable que el almirante Schnitzler nos dé alcance en las proximidades de Ganímedes cuando nosotros hayamos disminuido nuestra velocidad, al menos, hasta el máximo tolerable para no arder cuando penetremos en su atmósfera. Mi idea es que Schnitzler no reducirá la marcha de sus destructores, sino que la mantendrá para alcanzarnos con sus torpedos cuando nos encontremos a punto de entrar en la atmósfera de Ganímedes.

Sawmill permaneció callado un minuto.

—Sí, eso es lo que yo creo también que hará —dijo finalmente.

Ahora, George Elrod dejó transcurrir una pausa antes de añadir:

—¿No estamos llevando la comedia demasiado a lo vivo, señor Sawmill? Schnitzler es un gran soldado con un alto concepto del honor y la dignidad que corresponde a las fuerzas armadas. Para él, destruirnos o capturarnos es en este momento una cuestión de principios en la que va envuelta el prestigio de la Armada Sideral. Hará cuanto humanamente pueda para detenernos. Sin embargo, bastaría que alguien de los que están en el secreto enviara un mensaje cifrado a Schnitzler para que éste cesara en su tenaz persecución.

—No —dijo Sawmill moviendo la cabeza—. Eso no puede ser. Demasiada gente tendría que conocer entonces nuestro secreto. Tiene que ser así. No hay otro remedio.

-Entonces, reguemos a Dios para que nuestra nueva coraza aguante todos los torpedos que vamos a encajar -dijo Elrod haciendo una mueca violenta.

Capítulo II

Como un gran tiburón plateado, moviéndose en el espacio a una velocidad todavía considerable, el crucero *Ohio* caía hacia Ganímedes llevando tras sí a la jauría de destructores siderales que, por espacio de cinco días, venían dándole enconada caza.

Las previsiones de Zach Sawmill y su segundo estaban resultando acertadas. El almirante Schnitzler, en su porfiado empeño de detener al *Ohio,* había continuado adelante con su flotilla de destructores sin aminorar la velocidad, en tanto que Sawmill se veía obligado a reducir la de su buque al solo fin de no arder en pavesas al frote violento de la cosmonave con la atmósfera de Ganímedes.

—Bueno, ya les tenemos ahí —dijo George Elrod después de escuchar el informe telefónico del especialista de radar.

Zach y Elrod ocupaban ahora los cómodos sillones ante los mandos teniendo ante sí la gran pantalla panorámica envolvente de televisión.

Esta pantalla, que además de ofrecer imágenes en color las presentaba en impresionante relieve, era a los efectos del observador a modo de un gran ventanal apaisado abierto en el frente de la cabina. En ella, Ganímedes era como un disco opaco incrustado en el brillante globo del gigantesco Júpiter, que ocupaba todo el fondo por detrás de su satélite.

El *Ohio* iba hacia Ganímedes reduciendo cada vez más su velocidad, en tanto que tras él, los destructores iban acortando rápidamente la gran distancia que hasta aquí les había separado.

Tal como el teniente Elrod supuso que sucedería, el almirante Schnitzler no había disminuido la velocidad de su flotilla, con lo cual daba a entender claramente que se jugaba el todo por el todo, en su intento de alcanzar al *Ohio* antes que éste pudiese llegar al seguro refugio de Ganímedes.

En efecto, a la tremenda velocidad que venía, Schnitzler no podría seguir a los rebeldes al fondo de la envoltura gaseosa de Ganímedes, pues el solo intento o error de pasar rozando las altas capas de la atmósfera del satélite equivaldría a ver convertidos sus buques en cenizas. Por lo tanto, Schnitzler tendría que alcanzar al *Ohio* antes que éste se zambullese en la atmósfera de Ganímedes, o habría perdido toda ocasión de capturarle una vez que Sawmill se encontrara en lugar seguro, a varios metros de profundidad bajo el agua de cualquiera de los mares donde tenían su refugio habitual las cosmonaves piratas. Al alcance de su mano, a su

izquierda, Zach Sawmill tenía en la cámara de derrota una caja negra de apariencia pesada y más bien fea.

Sawmill estaba mirando aquella caja misteriosa cuando escuchó en sus auriculares la voz del sargento North:

—Sargento telegrafista a comandante. Señor, acabo de recibir un mensaje del almirante Schnitzler para usted.

—¿Es un mensaje en clave?

—No, señor.

—Entonces, léamelo.

—Sí, señor. Dice así: «Del almirante Schnitzler, jefe de la Novena flotilla de destructores, al teniente Sawmill, comandante del crucero *Ohio*. Ordenes concretas del Estado Mayor me autorizan a destruirle en el supuesto usted se niegue a entregarse. Muchacho, ¿se ha vuelto loco? Todavía puede salvar su cuello de la horca rindiéndose antes que sea demasiado tarde. Le concedo cinco minutos para pensarlo, de lo contrario les destruiremos. Espero su respuesta. Firmado, almirante Schnitzler». Esto es todo, señor.

—Muy bien, sargento. Enterado.

—¿Hay alguna respuesta para este radio, señor?

—No -repuso Sawmill secamente—. Cierre la radio y dedíquese a resolver crucigramas. Espero que eso le ayude a distraerse.

George Elrod dejó oír una risita.

-¡Pobre almirante Schnitzler! Algún día, alguien le contará cómo abusamos de su energía y su buena fe y entonces se dará a todos los demonios y presentará su dimisión.

-Sargento radar a comandante -dijo una voz por el sistema telefónico interior-. La flotilla de destructores está desplegando en orden de combate. Creo que se disponen a lanzar torpedos.

—Está bien, Lowie. Gracias.

Sawmill se inclinó hacia la caja negra, tiró de un interruptor y movió un par de botones. Una luz roja se encendió en el pequeño cuadro de mandos de la misteriosa caja.

-Y ahora, vamos a ver lo que ocurre -murmuró Zach entre dientes.

Cualquiera que fuese la actividad desarrollada por la caja negra no se notó a bordo del buque sideral. Se produjo una tensa pausa de 3 ó 4 minutos.

El plazo de gracia concedido por el almirante Schnitzler había expirado con mucho cuando de nuevo se escuchó la voz del sargento Lowie:

— ¡Atención, sargento radar a comandante! ¡Los destructores están lanzando sus torpedos!

¡Torpedos!

En el lenguaje profesional de la vieja marina, ésta había sido una

palabra que hizo temblar desde el capitán al último pinche de un barco atacado con esta arma. Los torpedos, incluso cuando eran toscos, inseguros y sólo iban cargados de trilita, eran un artefacto terrible contra el que nunca se consiguió una defensa eficaz.

En la actualidad, el torpedo eléctrico, provisto de una cabeza de combate nuclear, equipado de un cerebro electrónico que lo guiaba al blanco, con medios propios para impulsarse y dirigirse, era en su versión marítima un arma infalible. Y en su versión aérea, impulsado por un motor cohete, era el terror de las tripulaciones de los buques siderales.

El torpedo era el arma de los combates siderales por excelencia. Los piratas los utilizaban para amedrentar a las tripulaciones de las grandes aeronaves de transporte y obligar a los capitanes mercantes a capitular. Sólo se conoda un arma eficaz contra un torpedo atómico y era otro torpedo atómico.

Por esta razón, las modernas batalles entre buques siderales que se movían a grandes velocidades en el vacío espacial se libraban casi exclusivamente entre torpedos. Los torpedos se buscaban unos a otros, entraban en colisión y estallaban destruyéndose mutuamente. Y únicamente cuando uno de los dos bandos conseguía colocar mayor número de torpedos en el espacio, podía inclinar la victoria a su favor haciendo que alguno de estos torpedos se escurriera hasta el buque enemigo que, inerme, se ofrecía como blanco a la ferocidad destructora de estos infalibles e implacables robots[3].

Bajo el punto de vista táctico, el *Ohio* no tenía la menor probabilidad de escapar a los torpedos de los destructores, en abrumadora: superioridad numérica, Zach Sawmill sabía esto.

George Elrod lo sabía también y lo sabía el almirante Schnitzler.

Elrod alargó la mano, tomó la escafandra de titanio y cristal que estaba en el piso, a sus pies, y se la encasquetó ajustándola a su traje de presión parcial o «media presión».

En realidad, la voz de «calen escafandras», a continuación del zafarrancho de combate, era prescriptiva a bordo de los buques de la Armada Sideral de la República de Finan y en todas las escuadras del mundo. Pero este gesto en el teniente Elrod, implicaba una muestra de desconfianza que Sawmill no intentó siquiera imitar.

Zach había probado la «coraza negra» y tenía confianza en ella.

Ahora, Zach Sawmill alargó la mano y apretó un botón en el tablero de instrumentos. Se escuchó un «clac» metálico. La imagen de Ganímedes desapareció de la pantalla de televisión. En su lugar, un largo rectángulo negro, sembrado de rutilantes estrellas, se mostró a los ojos de los cosmonautas.

Algunas de aquellas estrellas estaban inmóviles, como grandes y

remotos fanales suspendidos de la bóveda celeste. Otras se movían. Eran los torpedos atómicos en ruta hacia el *Ohio.*

—Está bien, comandante. Ahí les tenemos —dijo Elrod con acento que implicaba la aceptación fatalista de un hecho consumado. Hubo una larga pausa. Luego Elrod agregó — : Esperemos que nuestra coraza electrónica no nos deje en la estacada.

En esto residía el secreto de la misteriosa caja negra.

La caja no era todo el sistema defensivo del buque, sino una parte importante del mismo. Se trataba del último ingenio desarrollado por los científicos de Finan: una coraza electrónica formada de invisibles átomos radiactivos que provocaban la explosión prematura de cualquier carga nuclear, siempre que ésta no estuviese debidamente protegida.

Todas las modernas aeronaves llevaban a bordo un reactor nuclear que generaba directamente electricidad, pero estos reactores, para seguridad de la tripulación, venían revestidos de una gruesa coraza de plomo. La «coraza negra», por esta razón, era ineficaz contra la materia fisionable de las máquinas de las cosmonaves.

Pero los torpedos no llevaban protección alguna.

Por el momento, esta coraza electrónica, a la que los cosmonautas llamaban impropiamente «coraza negra» por su invisibilidad, era un secreto militar cuidadosamente guardado. Sólo unos pocos buques de la Armada de Finan iban equipados de este revolucionario dispositivo, todavía en proceso de pruebas, reformas y mejoras.

Schnitzler, como almirante de la Armada Sideral, debía saber que el *Ohio* estaba protegido por esta coraza contra sus torpedos. ¿De qué medios, pues, esperaba valerse Schnitzler para detener al buque rebelde?

Rígido e inmóvil, Zach Sawmill guardó silencio mientras los torpedos se acercaban a tremenda velocidad.

De pronto, todavía lejos, brilló un globo de fuego esparciendo una viva luz verde-azulada. Era una explosión nuclear.

Un segundo globo de fuego, un tercero, un cuarto... una línea de silenciosas explosiones atómicas chisporroteó señalando los límites del alcance eficaz de la invisible «coraza negra».

-¡Bravo! -exclamó el teniente Elrod-. Los torpedos estallan apenas chocan contra nuestra coraza. ¿No es magnífico, Sawmill? Esa coraza electrónica nos hace prácticamente invulnerables. Sawmill se limitó a guardar silencio. Se escuchó en esto la voz del sargento Lowie anunciando:

-Algunos torpedos han cruzado la barrera y vienen sobre nosotros, señor.

Detrás del cristal de su escafandra, la boca del teniente Elrod se abrió en una mueca de profundo asombro.

-¿Cómo es posible eso? -exclamó-. ¿Tendrá agujeros nuestra cortina

electrónica? Esto parecía un juego de palabras, más sin embargo expresaba una posibilidad real. La cortina electrónica podía tener agujeros. Sólo que Sawmill no creía que se tratase de esto.

—No hay agujeros, Elrod. Esto contesta a su jactancia anterior. No somos completamente invulnerables.

—Entonces, ¿para qué demonios nos sirve nuestra flamante coraza?

—La coraza está funcionando perfectamente. La razón porqué hayan podido pasar esos torpedos no puede ser más que una. No se trata de torpedos con cabeza de combate atómica.

—¿Quiere decir que se trata de torpedos cargados de trilita? No se usan ni se han usado jamás en combates siderales.

—Pero todavía los usamos en el mar, allí donde la trilita basta para destruir a los sumergibles —Sawmill alargó la mano hacia el cuadro de instrumentos y conectó el teléfono interior. Habló con claridad y rapidez—: Atención, habla el comandante. Algunos torpedos de cabeza de combate no atómica, han pasado a través de nuestra cortina electrónica y vienen sobre nosotros. Acudan junto a las ametralladoras y estén atentos para destruirles tan pronto sean visibles.

Sawmill abandonó el micrófono refunfuñando:

—Ese Schnitzler es un viejo zorro. Debimos figurarnos que recurriría a cualquier estratagema para tratar de detenernos. Schnitzler, como es natural, sabe que nuestro crucero está protegido con la nueva coraza electrónica.

—Sus destructores, en cambio, no lo están —gruñó Elrod—. ¡Ojalá fuese un enemigo de verdad, para enviarle unos cuantos de nuestros torpedos atómicos y hacerle saltar de su vieja mecedora!

Sawmill, que había servido a las órdenes de Schnitzler antes de pasar a la división de cruceros, sonrió recordando al viejo almirante, a bordo de su buque insignia, dando órdenes desde una antiquísima mecedora de asiento y respaldo de rejilla, verdadera pieza de museo que el almirante conservaba como una reliquia.

A continuación, Sawmill se olvidó del almirante para tomar su escafandra y encasquetársela a toda prisa.

Ya era hora, porque los torpedos de Schnitzler estaban alcanzando al *Ohio* y las ametralladoras, apuntadas automáticamente por radar, comenzaban a disparar llenando el espacio con la blanca estela de humo de sus proyectiles rastreadores.

Los dos primeros torpedos que llegaron fueron tocados por los proyectiles y obligados a estallar a distancia. Pero una avalancha de nuevos torpedos llegó a continuación y aunque las ametralladoras no cesaron de disparar, destruyendo a buen número de ellos, no pudieron con el resto que se abalanzó sobre el *Ohio*.

En el mar, el impacto de esos mismos torpedos, habría sido funesto para el crucero, pues la explosión de un torpedo se apoyaba en la resistencia que hacía el agua para impulsar la fuerza expansiva de los explosivos contra el casco del buque.

En pleno espacio sideral, donde no había aire, la eficacia de un explosivo quedaba sensiblemente reducida, pudiendo decirse que, en el caso de utilizarse un explosivo convencional, se limitaba al impacto del artefacto contra la cosmonave. Esto, no obstante, pareciendo tan poco, era suficiente para que un torpedo horadara el costado de un buque, habiéndose dado el caso de atravesarlo de parte a parte.

En efecto, la energía cinética almacenada por un objeto cualquiera que marchara, por ejemplo, a 20.000 kilómetros por hora, era tremenda.

Volviendo al caso concreto del *Ohio,* fue una suerte para éste que todos los torpedos le llegaran por detrás y ninguno de costado. La suerte, sin embargo, abandonaría al crucero y se pondría del lado de los destructores si éstos conseguían situarse a su altura y lanzarle sus torpedos contra los flancos.

—Vamos a tener que aumentar de nuevo nuestra velocidad —dijo Sawmill rechinando los dientes-. Si el viejo Schnitzler nos alcanza antes que lleguemos a Ganímedes, nos va a hacer tantos agujeros como un colador.

El *Ohio,* en estos instantes, saltaba y resonaba como un tambor bajo el impacto de los torpedos que le alcanzaban de refilón.

Sawmill apagó los cohetes de freno y el *Ohio,* del cual tiraban las fuerzas gravitatorias aunadas de Ganímedes y el gigantesco Júpiter, volvió a acelerarse por sí solo.

El teniente Elrod miró al velocímetro y dijo gruñendo: —Si penetramos en la atmósfera de Ganímedes a esta velocidad, lo que llegue a Puerto Libre serán nuestras cenizas, no nosotros. —Usted se las pinta solas para animar a cualquiera —repuso Zach.

Los torpedos seguían llegando hasta los costados del crucero y estallando a su alrededor. Sus restos retorcidos precedían al *Ohio* en su caída libre hacia Ganímedes. Luego, repentinamente, se hizo el silencio. Las ametralladoras dejaron de disparar.

—Los torpedos han cesado de golpearnos —observó Elrod con acento de alivio.

—No vaya a alegrarse demasiado pronto —dijo Sawmill con irónica sonrisa—. El almirante se reserva sus torpedos esperando dispararlos en mejor ocasión.

—¿Pero le daremos esa ocasión?

—No, si podemos evitarlo. Y la única forma de impedirlo consiste en no dejarnos alcanzar.

Todos los controles esenciales para el manejo de la cosmonave estaban al alcance de los pilotos formando varias líneas de botones de colores en los brazos de sus respectivos sillones. Sawmill apretó un botón de los situados en el brazo de su asiento.

Por la gran tobera de popa del *Ohio* brotó una llama, resultado de la combustión de una mezcla de keroseno y oxígeno líquido. A bordo de la cosmonave se experimentó una sacudida que lanzó a los pilotos contra los respaldos de sus sillones.

—¿Qué hace? —chilló Elrod al reponerse del rudo golpe de su escafandra contra el respaldo de su asiento.

—Pongo en marcha los motores cohete para aumentar nuestra velocidad.

-¿Más todavía? ¡Usted quiere incinerarme vivo antes de llegar a Ganímedes!

—No diga tonterías.

Elrod cerró la boca, abriendo mucho los ojos para clavarlos en la saeta del indicador de velocidad.

-Comandante a operador radar. ¿A qué distancia se encuentran los destructores?

-A unos cinco mil kilómetros más o menos. Siguen acortando la distancia.

Zach Sawmill apretó los dientes. Con los motores cohete en marcha, aun funcionando a una pequeña fracción de su potencia, el *Ohio* se iba acelerando incesantemente mientras caía hacia Ganímedes. Hasta qué punto debía permitir que la cosmonave se acelerase, era cuestión muy delicada de decidir. El margen tolerable de temperatura que quedaba entre el máximo recomendado por los constructores de la nave y la total desintegración del aparato en una bola de fuego, era muy elástico y dependía de muchas circunstancias.

Transcurrido un minuto, Zach volvió a preguntar al operador de radar:

—¿Qué delantera llevamos a los destructores?

— Cuatro mil kilómetros, señor.

La flotilla de destructores estaba acortando la distancia a razón de un millar de kilómetros por minuto. Antes de cinco minutos, el almirante Schnitzler habría alcanzado una posición inmejorable para largar sus torpedos.

Zach miró a su copiloto con el rabillo del ojo.

La figura de George Elrod se empequeñecía más y más en el gran sillón revestido de espuma de caucho, en tanto que sus ojos se agrandaban más y más siguiendo el avance de la saeta del velocímetro sobre la esfera.

Zach apretó el botón del televisor. En la pantalla volvió a aparecer Ganímedes, ahora ocupando toda la pantalla de extremo a extremo. Zach

consultó el altímetro radar.

Se encontraban a sólo tres mil kilómetros de la superficie del planetillo. En dos minutos más el crucero alcanzarla las altas capas de la atmósfera de Ganímedes. Tenían que volver a frenar o arderían convirtiéndose para los habitantes del satélite en una estrella fugaz que surcaría su cielo dejando una raya de fuego.

Sawmill empujó la palanquita del teléfono y habló:

-Atención, habla el comandante. Vuelvan sus sillones en dirección a popa, asegúrense bien los cinturones y comprueben las conexiones del oxígeno y los trajes de presión. Vamos a efectuar un frenado algo brusco.

Zach dejó el circuito telefónico abierto, pulsó un botón del brazo del sillón. Los dos asientos giraron suavemente sobre su eje quedando de espaldas a la proa de la cosmonave. Zach apretó otro botón.

El respaldo de los dos sillones se desplazó hacia atrás en un ángulo de 45 grados. En esta posición, los pilotos podían ver la pantalla de televisión reflejada en un espejo de acero situado sobre sus cabezas. Todas estas operaciones invirtieron dos minutos, al cabo de los cuales el almirante Schnitzler se encontraba con su flotilla de destructores a menos de dos mil kilómetros detrás del *Ohio.*

Zach apagó el motor de popa y gritó:

— ¡Atención, preparados!

Esperó diez segundos por si alguien de la tripulación no estaba a punto y tenía que manifestarlo.

Luego apretó un botón.

La sacudida fue brutal y hundió a los cosmonautas del *Ohio* en el acolchado de espuma que revestía sus sillones. Zach sintió que sus brazos adquirían súbita pesadez. Sus dedos se volvieron torpes e insensibles, teniendo que hacer un poderoso esfuerzo para mantener su sentido consciente.

En uno de los ángulos del espejo, sobre su cabeza, advirtió una línea de puntos brillantes que se movían con rapidez.

Eran los destructores de Schnitzler que en este momento se situaban a la misma altura del crucero. Allí, por fin, estaba la oportunidad que el tenaz Schnitzler tanto había deseado, sólo que la obtuvo demasiado tarde. A punto de tocar las altas capas atmosféricas de Ganímedes, el porfiado Schnitzler sólo disponía de un par de minutos para largar sus torpedos, antes de apartarse de la ruta que seguía el buque rebelde.

Schnitzler, pese a todo, ordenó lanzar.

Un centenar de torpedos fueron expulsados simultáneamente al espacio desde los destructores. Inmediatamente se vio a los persecutores variando el rumbo para, en un arco muy suave, apartarse de la peligrosa proximidad del satélite.

Los torpedos, moviéndose a gran velocidad, se acercaron al crucero dejando tras sí la larga estela de llamas. Las ametralladoras del *Ohio* empezaron a disparar apenas los proyectiles estuvieron a distancia conveniente.

En este momento, Zach sintió la primera sensación física de calor. El *Ohio* acababa de rozar las altas capas atmosféricas del planetoide.

Los torpedos de Schnitzler, al seguir al crucero, tocaron también las primeras capas de aire rarificado del satélite. Ahora bien, el casco del *Ohio* estaba hecho de un acero altamente resistente al calor, en tanto que la envoltura de los torpedos no poseía las mismas cualidades, técnicamente costosas, de resistencia a elevadas temperaturas.

Los torpedos, antes de alcanzar el blanco, se incendiaron y empezaron a estallar.

Por qué los torpedos no estallaron todos a la vez, era asunto de la competencia de quienes los fabricaron. Sus aceros no debían ser iguales para todos. Unos se incendiaron más pronto, otros tardaron más y una docena llegaron hasta el crucero, aunque para entonces ya eran una masa blanda al rojo blanco.

Zach Sawmill tuyo una fugaz visión de un objeto llameante que iba como un relámpago contra su buque. Luego, las imágenes se borraron súbitamente de la pantalla y el buque resonó con el impacto del torpedo.

Todo un lado de la pantalla cinerámica quedó a oscuras. La explosión del torpedo había alcanzado las dos cámaras televisoras del costado de babor.

Éste fue el único torpedo que tocó al *Ohio,* siendo los restantes destruidos por las ametralladoras. Los restos de los torpedos destruidos golpearon contra el casco del buque haciéndolo sonar como un tambor. Quedó todo en silencio. Luego, un ruido silbante envolvió a la cosmonave.

Era el aire azotando violentamente el casco del aparato.

La temperatura en la cabina era sofocante. De haber podido mirar hacia afuera, los aterrados tripulantes del *Ohio* habrían visto que su buque brillaba al rojo vivo por efectos del frote con el aire de la atmósfera que estaban atravesando.

Sawmill hizo funcionar el dispositivo antimagnético que sostendría a la máquina en el aire. Luego apagó los motores de freno, con lo cual desapareció la agobiante sensación de asfixia que pesaba sobre su pecho.

Un impulso de botón hizo volver a los sillones a su posición normal. Otro impulso de botón hizo girar los sillones hasta que los pilotos quedaron de nuevo ante el cuadro de instrumentos.

Zach volvió ligeramente la cabeza y sonrió al pálido y sudoroso Elrod.

— No hemos ardido todavía —dijo en son de burla.

—Todavía no —repuso Elrod—, Pero aún estamos a tiempo de arder.

Señaló el termómetro. Marcaba 1.226 grados de temperatura exterior.

—El casco debe estar al rojo blanco —observó Zach—. Buena ocasión para freír huevos.

Aun con los ventiladores en marcha, el calor era tal en todo el buque que obligó a los tripulantes a quitarse las escafandras, luego los trajes de presión y, finalmente, las ligeras prendas de ropa interior hasta quedar en calzoncillos.

Cuando una hora más tarde, después de dar tres vueltas consecutivas al planetillo, el *Ohio* fue a posarse suavemente en las tranquilas aguas de la bahía de Puerto Libre, el calor del casco hizo levantar una nube de vapor que por espacio de buen rato ocultó casi por entero a la nave a los ojos de los curiosos espectadores que le contemplaban desde el paseo contiguo.

Capítulo III

Puerto Libre no era la ciudad que Zach Sawmill se imaginaba que sería, aunque no cabía duda que estaba en carácter con la fisonomía del paisaje y las gentes que la habitaban.

Situada entre la bahía y la alta montaña que se levantaba detrás, la parte llana de la ciudad se reducía a unas cuantas calles comerciales en las que se había acometido el único intento de urbanizar la ciudad. El Paseo Marítimo, que se extendía al pie de la montaña a todo lo largo de una angosta faja de tierra, era el lugar más bello de Puerto Libre y aquel donde se hallaban emplazados la inmensa mayoría de los bares y hoteles.

El resto, formado de callejuelas estrechas y empinadas, conservaba cierto parecido con algunos barrios indígenas del norte de África tal como fue casi un siglo atrás. Los edificios de Puerto Libre raramente tenían más de un piso y al contemplar la ciudad desde lo alto de la montaña, uno recibía la impresión de que aquel amontonamiento de casuchas de barro se sostenía milagrosamente apoyándose unas en otras, bastando la explosión de un petardo para que todo se fuera abajo entre una nube de polvo.

El clima tropical, propio de todo el hemisferio qué continuamente estaba vuelto al gigantesco Júpiter, contribuía a cubrir piadosamente las llagas de la ciudad infundiéndole un aire típico, exclusivo y original. Vista de lejos, desde el mar, Puerto Libre aparecía entre una masa de verdor escalando la falda de la montaña en terrazas sucesivas. La misma montaña estaba cubierta de plantas verdes, entre las cuales brillaban las techumbres de hojalata de las barracas y chabolas habitadas por los negros.

En Ganímedes, debido en parte a su pequeña fuerza de gravedad y a la humedad y la temperatura del ambiente, las plantas alcanzaban tamaños desproporcionados, jamás vistos en la Tierra o Finan. Por esta razón, la ciudad había tenido que asentarse sobre un suelo de roca, donde sólo las pequeñas plantas podían prosperar sin llegar a constituir un peligro con sus raíces.

Las ciudades como Puerto Libre eran escasas en Ganímedes, y ninguna existía en la inmensidad de sus selvas vírgenes, donde las semillas germinaban en una hora y la exuberante vegetación borraba los senderos abiertos por el hombre el día anterior.

Sólo en la zona de transición, entre el hemisferio tropical y el lado frío del planetillo, existían algunas pequeñas ciudades, en su mayoría simples campamentos mineros. Por esto podía decirse que Puerto Libre, surgida al

amparo de las compañías de navegación que en un principio trataban de atraer a los turistas ricos con el señuelo de poder cazar bestias prehistóricas, era única en Ganímedes.

En Puerto Libre, las prendas tropicales ligeras y de colores chillones, constituían lo que pudiera llamarse traje nacional. El clima caluroso, por otra parte, así lo aconsejaba. Zach Sawmill lo tuvo en cuenta al desembarcar, si bien para estar por entero en carácter no olvidó ceñirse un cinturón del que colgaba una pesada pistola de reglamento.

George Elrod, vistiendo una llamativa camisa de colorines sobre su pantalón azul del uniforme de la Armada Sideral, estaba junto a Zach en el bote que les llevó hasta el viejo embarcadero tallado en la roca.

Arriba, sobre el muelle, un pequeño gentío presenciaba el desembarco de los dos cosmonautas fineses.

La presencia de aquella gente debía tener algún significado especial, pues Puerto Libre era punto de llegada y salida de todas las cosmonaves que tocaban Ganímedes y en el mismo puerto había surtas no menos de dos docenas de cosmonaves de todos calibres, modelos y nacionalidades.

Cuando Zach y Elrod ascendían la escalera excavada a pico en la roca, cuatro tipos siniestros armados hasta los dientes se abrieron paso entre los curiosos y avanzaron al encuentro de los cosmonautas.

Ni uniforme ni insignia alguna distinguía a aquellos individuos del resto del público. Dos de ellos iban descalzos, otro calzado con sandalias, el cuarto con botas altas de montar. Uno llevaba un rifle de mira telescópica, extraña arma en un tipo tan mal vestido. Los tres restantes traían pistolas ametralladoras, ninguna de igual marca. Los cuatro llevaban pistola al cinto.

Todo lo que tenían de común era una manifiesta aversión al sillón del peluquero y la cuchilla de afeitar.

Uno mascaba goma.

Los cuatro individuos, a los que sólo faltaba un parche en un ojo, un gancho sustituyendo una mano mutilada y alguna pata de palo para acoplarse a la imagen legendaria de los viejos piratas del Caribe, se adelantaron hacia los cosmonautas.

El hombre que mascaba goma habló por los demás.

—¿Quiénes son ustedes?

—Soy el teniente Sawmill —dijo Zach, corrigiéndose—: Es decir, lo era. Ahora soy Zach Sawmill, nada más.

— ¿Ustedes son los que desertaron de la Armada de Finan llevándose un crucero, no es eso?

El hecho de que su epopeya fuera conocida en Puerto Libre no desagradó a Sawmill, aunque le sorprendió un poco tan inesperada popularidad. Ahora comprendió la razón de la presencia de tanta gente en

el muelle. El público les miraba y no se ocultaba de hacer comentarios en voz alta, formando con ello un barullo en el que se mezclaban acentos y palabras de todos los idiomas de la Tierra.

—Está bien, síganme —dijo el hombre mal encarado en vista del silencio de Sawmill.

-¿Dónde?

La pregunta de Zach pareció desconcertar momentáneamente al sujeto.

—Pues a ver al jefe, naturalmente.

—¿Qué jefe?

-El jefe del Sindicato. ¿Quién había de ser?

Zach consideró inútil fingir que desconocía la existencia de tal «sindicato». El hombre sin duda se refería a la organización que mantenía a los piratas unidos en defensa de ciertos intereses comunes, a todos.

La manía moderna de organizarse, inventando leyes y creando estatutos, había alcanzado a los piratas siderales. Éste era el signo de la civilización actual.

El edificio donde los cosmonautas fineses fueron llevados estaba enclavado en el mismo puerto. La casa debió haber servido en otros tiempos de almacén y era uno de los pocos que constaba de planta baja y piso, estando construido de piedra cubierta de un suave musgo.

Sobre la fachada rezaba un cartel: «Hermandad de Cosmonautas Independientes», un extraño título que no decía nada.

Por una escalera de piedra independiente del resto del edificio, los dos cosmonautas fueron llevados al piso superior. En un oscuro despacho de ventanas ojivales, desde, las cuales se dominaba una amplia perspectiva del puerto, un hombre esperaba a nuestros amigos.

El hombre debía tener unos 40 años, estaba parcialmente calvo y usaba lentes de contacto, lo cual pudo apreciar Sawmill al mirarle de cerca. Era de estatura más bien pequeña, delgado y vestía con pulcritud un traje tropical de dril.

Al entrar Sawmill y Elrod, el hombre se apartó de la ventana y unió sus manos a la espalda.

—Usted debe ser Sawmill —dijo el hombre del traje blanco encarándose con Zach. Este fingió asombro.

—No le asombre. También aquí escuchamos la radio. Por espacio de dos semanas, sus peripecias mientras huía de la Armada de Finan, han sido seguidas en Ganímedes con tanto interés como en el resto del mundo.

—¿De veras? Ignoraba que fuese tan popular.

—Yo diría más bien que es usted demasiado popular en estos momentos, señor Sawmill. Mi nombre es Tyrrell. Soy el secretario de la Hermandad de Cosmonautas Independientes. ¿Por qué se dirigió a Ganímedes y no a cualquier otro lugar?

—¿Usted por qué cree?

—No me gustan los acertijos, señor Sawmill. Le hice una pregunta. No conteste con otra pregunta. ¿Por qué vino a Ganímedes?

-Teníamos que ir a alguna parte, ¿no es eso?

—Señor Sawmill, siento decirle que no puede quedarse en Puerto Libre. Si necesita víveres, combustible nuclear o cualquier otra cosa, se lo daremos. Pero tiene que abandonar Ganímedes inmediatamente.

— ¿Quiere decir que me echan?

—Su aventura ha promovido mucho ruido. No es frecuente el caso de un oficial de la Armada rebelándose contra su comandante y arrastrando a la tripulación al motín. Que yo sepa, una cosa así no ha sucedido jamás en la Armada Sideral de Finan, ni antes en su marina de Guerra. Su Gobierno no puede consentir que un delito de esta naturaleza quede en la impunidad. La Armada de su país no lo tolerará y nosotros no estamos dispuestos a librar una guerra contra ta República de Finan en defensa de un puñado de traidores. Si usted no abandona Puerto Libre antes de doce horas, el almirante Schnitzler obtendrá un permiso de su gobierno para entrar en Ganímedes y capturarle pese a quien pese.

—Entendámonos, Tyrrell. Lo que a ustedes les preocupa es que el almirante aproveche esta ocasión para, al mismo tiempo que viene por nosotros, les ajuste algunas viejas cuentas pendientes.

Tyrrell parecía un hombre muy dueño de sí mismo. Con todo, daba muestras de desazón al responder con voz crispada:

—Lo que quiero hacerle comprender es que no podemos aceptar el riesgo de darle asilo en Ganímedes. Coja su buque y váyase. Donde vaya no nos importa, con tal que salga del planetillo y no tengamos que vernos frente a la Armada de Finan.

—Suponga que me niego a marcharme.

—En ese caso, Sawmill, me obligará a detenerle y entregarle a su gobierno.

El acento de Tyrrell era significativamente amenazador. Zach se volvió hada los hombres que estaban tras él. Dos de los cuatro individuos habían quedado fuera en la antesala, pero los otros dos les habían seguido al despacho y les encañonaban con sus metralletas.

—Desarmadles —ordenó Tyrrell.

El individuo que mascaba goma se acercó primero a Zach y le quitó la pistola de la funda. Guardando la pistola de Sawmill en su propio cinturón, sin dejar de mover las mandíbulas, fue hada Elrod y le despojó de su arma también. Zach se volvió sonriendo hada Tyrrell.

-Usted no me creerá tan tonto que no haya tomado mis precauciones antes de desembarcar. Sepa que si no estoy de regreso a bordo antes de una hora, mis hombres obrarán según las órdenes recibidas alejándose primero

y bombardeando después Puerto Libre con explosivos nucleares. Tyrrell palideció.

— Me coloca usted en una posición difícil, Sawmill. Le creo capaz de haber dado esa orden a su gente y casi me defraudaría si no lo hubiese hecho. Sin embargo, Sawmill, usted no querrá morir al mismo tiempo que salta la ciudad.

—Me importa tanto morir aquí como a bordo de mi buque. Si salgo al espacio, el almirante Schnitzler caerá sobre mí con sus destructores y me hará pedazos. Si me entrego me colgarán. En mi caso tengo poco que perder. Así que, Tyrrell, usted decidirá.

—Parece que ha estudiado usted bien la situación —dijo Tyrrell irritado.

Zach contestó:

—Usted habría hecho lo mismo si le fuera en ello la vida.

Balanceándose adelante y atrás, Tyrrell contempló largamente a Zach con el ceño fruncido.

—Personalmente no creo en los individuos que hablan de morir como de asistir a una merienda campestre —dijo de pronto con brusquedad—. El hombre, sea cual sea su condición, se apega a la vida por instinto. Nunca desdeña una posibilidad de salvarse, por muy remota que ésta sea, e incluso resignado, el reo que va a morir acepta cualquier aplazamiento como un don del cielo, tanto si se trata de vivir unas semanas más, una hora o unos minutos. Quiero decirle con esto, Sawmill, que usted revocará esa orden dada a sus hombres. Y lo hará porque, habiendo de morir de todos modos, preferirá vivir unos meses más mientras le llevan a Finan, le juzgan y le condenan. Sí, creo que preferirá eso a morir aquí, hoy mismo, aplastado por una bomba atómica.

—En otras palabras, está usted dispuesto a apostar que no soy capaz de permitir que mis hombres arrasen Puerto Libre estando yo dentro.

—Sí, apostaría cualquier cosa.

— Menos su propia vida. Porque usted no esperará aquí en Puerto Libre a comprobar si realmente cae la bomba o no cae -dijo Zach con irónica sonrisa.

-Yo no permaneceré en la ciudad. Pero usted y su amigo se quedarán aquí para correr las consecuencias de su propia bravuconería —dijo Tyrrell secamente dirigiéndose hacia la mesa.

Antes que Tyrrell alcanzara la mesa, el teléfono que descansaba sabré ésta repiqueteó.

—¿Sí? Yo mismo —dijo respondiendo a la interpelación del comunicante situado al otro extremo de la línea—. ¿Es usted, Reichle? Perdone, no le había reconocido. ¿Cuándo llegó? —se interrumpió escuchando. Luego miró a Zach, frunció el ceño y asintió—: Sí, están aquí.

Una voz gangosa e inaudible para los que estaban apartados del teléfono sonó durante un minuto.

—¿A Villa Romana? Bueno, no sé si debo... El caso es... —el interlocutor de Tyrrell interrumpió de nuevo a éste. Tyrrell hizo una mueca de desagrado—. Sí, ahora mismo. Vamos hacia allí.

Tyrrell abandonó el teléfono sobre la horquilla soporte.

—Mi amigo, el señor Reichle, nos invita a tomar un whisky en su quinta de los alrededores.

Zach ni siquiera pestañeó. Para mucha gente el nombre de Reichle no significaba nada, aunque el mismo hombre era famoso en el orbe entero conocido bajo el alias de «Barba Roja».

—Vengan —dijo Tyrrell secamente haciendo una seña.

El cañón de la metralleta empujó a Zach por detrás obligándole a seguir a Tyrrell.

En la terraza de la parte posterior del edificio, a donde Tyrrell les guió, los cosmonautas fineses vieron posado un vehículo aéreo provisto de amplia y cómoda cabina acristalada. Tyrrell se acomodó ante los mandos. Zach y Elrod fueron obligados a. ocupar el amplio asiento posterior, muy sobrado para tres personas. Junto a los fineses tomó asiento uno de los escoltas, mientras que el otro cerraba las portezuelas e iba a colocarse en el asiento que quedaba Ubre junto a Tyrrell, mirando hacia atrás y apuntando a los prisioneros con su pistola ametralladora.

La aeronave despegó como solían hacerlo todas las de su tipo, es decir, elevándose primero verticalmente hasta alcanzar cierta altura sobre los tejados de la ciudad, para luego impulsarse con sus dobles hélices y avanzar sobre el puerto y la bahía.

—¿Dónde nos lleva? —preguntó Zach desde el asiento de atrás—. Yo creí que nos dejaría en Puerto Libre para que nos encontráramos entre los sacrificados cuando mis hombres destruyan la ciudad.

- No se preocupe, estaremos de regreso e n Puerto Libre antes de una hora, con tiempo para que esa bomba caiga sobre su cabeza, si es que se empeña en que sea así.

Zach se encogió de hombros, dedicándose desde este instante a admirar el panorama.

La aeronave volaba a poca altura sobre la bahía, siguiendo desde alguna distancia el Paseo Marítimo que se prolongaba durante dos millas hasta el promontorio que cerraba el puerto.

Después del promontorio, la carretera continuaba serpenteando por la abrupta ladera de la montaña, dando acceso aquí y allá a las hermosas y aisladas quintas de recreo enclavadas en el fondo de una tranquila caleta, o bien colgada milagrosamente como un nido de águila en lo alto del acantilado.

Aunque era la primera vez que visitaba Ganímedes, Sawmill no ignoraba que la mayoría de aquellas quintas pertenecían a los principales capitanes piratas que allí iban a descansar después de sus largas y muy fructuosas correrías por el espacio.

La carretera finalmente quedó interrumpida allí donde el acantilado se alzaba verticalmente hasta gran altura, cortado a pico sobre los afilados escollos donde rompía y espumajeaba el mar.

Más adelante sin embargo, el acantilado perdía parte de su abrupta verticalidad, cediendo paso a una serie de largas y angostas repisas en forma de terrazas superpuestas, todas cubiertas de verdor. Poco después, los cosmonautas fineses veían alzarse sobre una de estas terrazas una hermosa villa de mármol blanco que por sus columnatas y frontispicio semejaba una antigua quinta de recreo romana milagrosamente trasladada a Ganímedes, a centenares de millones de kilómetros de distancia de la Tierra.

Bajo las expertas manos de Tyrrell, la esbelta aeronave viró hacia el acantilado poniendo proa a la casa. Sólo al encontrarse más cerca de la quinta, advirtieron los fineses que el edificio era de proporciones mucho mayores de lo que parecía a distancia.

La terraza natural donde la casa se asentaba, provista de un parapeto de piedra, había sido convertida en jardín a un lado y otro. La quinta, por su parte posterior, se apoyaba en la roca del acantilado que allí subía verticalmente hasta la terraza inmediata superior.

Cuando la aeronave iba a aterrizar en la terraza superior, Zach pudo ver a través de los cristales la casa que quedaba debajo y, más baja todavía, en la terraza inferior, una cancha de tenis y una piscina.

El aparato descendió verticalmente sobre la terraza superior, la cual en parte tenía el piso de cemento para facilitar la maniobra de las aeronaves al hacerlas entrar y salir en la serie de hangares o cuevas excavadas en la roca del acantilado. La casa solamente era accesible por el aire.

Por una escalera abierta en la roca, Tyrrell condujo a sus prisioneros hasta la terraza donde se levantaba la casa. Allí, un hombre armado de una pistola ametralladora les salió al paso.

El hombre sin duda conocía a Tyrrell, así como el objeto de la visita de éste.

—El jefe está bañándose en la piscina. Dijo que fueran allí.

Mientras descendían hacia la terraza más baja, los fineses pudieron ver algunas sombrillas y alegres toldos de playa bajo los cuales había desparramadas algunas mesas y sillas de jardín sobre una Dana extensión de prado. En uno de los sillones, una rubia deslumbrante, ceñida por un atrevido maillot, sorbía una bebida gaseosa utilizando una pajuela.

Desde la piscina llegó un individuo de barba y pelo rojos, alto, fuerte, el

cual vestía por toda ropa un chorreante pantalón de baño.

—Hola, Tyrrell —dijo el hombre en quien Zach supuso a Reichle, el temido y famoso Barba Roja sideral. Richle tomó un albornoz de una de las sillas y mientras se envolvía en él miró a los cosmonautas como estudiándoles—. ¿Quién de ustedes es Sawmill?

-Él es Sawmill -repuso George con rapidez-. Yo soy Elrod.

Reichle se dejó caer en un sillón, alargó la mano hacia un paquete de cigarrillos e invitó con un movimiento de cabeza:

-Siéntense, muchachos, y beban algo. Tyrrell, ¿no podemos prescindir de la presencia de sus hombres?

Tyrrell tosió y dijo:

-Antes que nada, Reichle, tal vez convenga aclarar la situación del teniente Sawmill. Mi idea es obligarle a salir de Ganímedes antes que la flota finesa dé media vuelta y venga a buscarle a Puerto Libre, con todas las consecuencias funestas que son de prever para el caso.

-¿Y el señor Sawmill está de acuerdo en abandonar nuestro planetoide? —dijo Reichle volviéndose a mirar a Zach.

Sawmill contestó por si mismo:

-No. Y como había previsto ésta y otras contingencias igualmente desagradables, dejé ordenado a mis hombres que bombardearan Puerto libre con proyectiles atómicos, si en el plazo de una hora no estábamos de regreso a bordo.

La escultural rubia del maillot pegó un brinco de sobresalto. Reiehle miró a su amiga, luego a Tyrrell y soltó una carcajada.

— ¡Muy bien, Sawmill! —pegó una ruda palmada en la mesa, haciendo sonar los vasos y las botellas acumulados sobre ella—. La estratagema es digna de quien ha sabido burlar a la flota de Finan llegando hasta aquí con todo un crucero sideral como botín. Si no hubiera sido capaz de asegurarse la retirada, no merecería ingresar en nuestra Hermandad de Cosmonautas Independientes.

—Sawmill todavía no pertenece a nuestro Sindicato —aclaró Tyrrell molesto—. Y no es probable que llegue nunca a ingresar en él. Naturalmente, fanfarronea al hablar de destruir Puerto Libre encontrándose él mismo en la ciudad. Y ello sabe.

—Él quizás lo sepa, pero usted ni yo no podemos estar seguros. La verdad, Tyrrell, es que está usted asustado—señaló Reichle.

-¿Yo?

—Sí, usted. Y permítame de paso recordarle que se apropia atribuciones que no le corresponden. En realidad, ¿cuál es su autoridad para ordenarle a Sawmill que abandone Ganímedes?

Tyrrell quedó mirando a Reichle con la boca abierta.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Usted no querrá que la Armada de Finan

se presente en Puerto Libre para, so pretexto de capturar a Sawmill, efectuar un barrido del mar que haga salir de sus escondites a nuestros buques siderales? Usted mismo ha atacado, saqueado, capturado y destruido muchas naves de transporte de la República de Finan. ¿No ve que ésta es una estupenda ocasión para los almirantes fineses de ajustamos todas las cuentas que tenemos pendientes con su gobierno?

Reichle reflexionó por espacio de un minuto.

-Tal vez no haya sabido encontrar los argumentos adecuados para convencer a nuestro amigo -dijo-. ¿Me permite unas palabras a solas con el señor Sawmill?

Tyrrell se encogió de hombros. Reichle se puso en pie haciendo seña a Zach para que le siguiera.

Moviendo sus pies descalzos sobre el mullido césped, Reichle llevó a Zach por el borde de la piscina hasta el extremo opuesto de ésta, lejos de los oídos de Tyrrell y los que quedaban bajo los toldos.

—Hay una cosa que todavía no he podido explicarme, Sawmill —dijo Reichle deteniéndose bruscamente—, ¿Cómo logró escapar a la persecución del almirante Schnitzler? ¿No es curioso que todos los torpedos que le lanzaron hicieran explosión a distancia, mucho antes que pudieran alcanzar su buque?

Había desconfianza en los ojos del pirata y Zach no dejó de notarlo.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó Zach.

—¿Que los torpedos de Schnitzler estallaron todos lejos de su buque? ¡Oh, lo sé! Puede verlo a través de mí telescopio. Yo estaba allí arriba. Regresaba de un crucero del que acabo de llegar hace apenas media hora y fui testigo de todo. A mí no puede engañarme, teniente. Schnitzler dispuso espoletas de tiempo en sus torpedos para que hicieran explosión prematuramente. ¿Por qué lo hizo? ¿Tal vez para prepararle a usted una coartada, inventando el pretexto de una falsa rebelión que permitiría al almirante entrar en Ganímedes para ajustamos cuentas a los miembros de la Hermandad?

Zach se echó a reír.

—¿De modo que cree usted eso?

-Yo creo sólo en lo que veo, Sawmill. Y vi perfectamente que, de haber querido, Schnitzler le habría destrozado con sus torpedos.

-No, no hubiera podido destrozarme. Schnitzler lo sabía. Si estaba usted allí arriba, también vería que Schnitzler disparó después torpedos de cabeza de combate no nuclear, con los cuales estuvo a punto de causarnos un disgusto.

—Sí. ¿Por qué lo hizo?

—Porque con los torpedos nucleares, Schnitzler nunca habría podido alcanzarnos. Nuestro crucero está equipado con el nuevo dispositivo

detonante que nosotros llamamos «coraza negra». Reichle abrió la boca dejando caer la mandíbula, con lo cual cobró cierto aire de idiota.

-¿Me está contando un cuento? —exclamó—. ¿Qué es eso de la «coraza negra»?

—Es el último invento de nuestros científicos aplicado a la guerra. No sé mucho de él, excepto lo que han querido contarme. Un aparato emplazado a bordo forma alrededor del buque una especie de halo o envoltura invisible que se proyecta hasta cuatrocientos o quinientos kilómetros de distancia. Cuando un proyectil de carga nuclear choca contra este invisible muro de electrones, se produce la fisión del material desintegrable, dando lugar a la explosión prematura del artefacto. Naturalmente, el dispositivo es únicamente eficaz contra los proyectiles de cabeza de combate nuclear. Por esta razón el almirante Schnitzler, después de haber fracasado con sus torpedos atómicos, intentó detenernos disparando torpedos cargados de explosivos corrientes.

—¡Por algo me pareció que había algo raro en la forma simultánea de explotar todos aquellos torpedos! —exclamó Reichle. Quedó pensativo unos instantes—. ¿De modo que, según eso, es usted invulnerable a los torpedos atómicos?

—Mi buque lo es.

— ¡Caramba, caramba!... Sawmill, ¿se da usted cuenta que posee un arma de incalculable valor?

—Sí, lo sé.

Los ojos de Reichle brillaron con astucia.

—Dígame, Sawmill. ¿Qué uso se propone dar a su buque sideral?

—Me dedicaré al contrabando. Y es posible que, puesto mi coraza electrónica me hace invulnerable a los torpedos que arrojen contra mí, me anime a asaltar alguna de esas cosmonaves comerciales que hacen la travesía de Finan a la Tierra y Marte.

—Sawmill, usted ha demostrado ser un hombre inteligente y resuelto evadiéndose con un buque de gran porte, bien armado y equipado, con un dispositivo fantástico que le da enorme superioridad sobre cualquier enemigo. Todo eso está muy bien, mas, ¿por qué arriesgarse practicando la piratería, con sus cansados cruceros de meses de duración, las incomodidades de la falta de gravidez y todas esas cosas? ¿Tiene idea siquiera de lo que serían capaces de dar los chinos por el secreto de su coraza electrónica?

— ¡Pero usted no querrá que yo venda un secreto de esa importancia a los enemigos potenciales de mi país! -protestó Sawmill.

Los ojos de Reichle brillaron de nuevo codiciosamente.

—Su país ya no es la República de Finan, mi querido amigo, pero todos modos, admito que sienta usted prejuicios de conciencia en cuanto a vender

su buque al Imperio Amarillo. Bueno, ¿pero qué me dice de los tritones?

—¿En qué cambia la cuestión?

—Los tritones no han demostrado por ahora que sean nuestros enemigos. Ellos se encuentran perfectamente en Venus, donde por fin parecen haber encontrado la soledad que buscaban, pues allí no hay oxígeno y nadie va a disputarles su planeta[4]. No, los tritones no nos atacarán jamás, pero acaso deseen encontrarse en situación de defenderse si llegara el caso, en especial contra el Imperio Amarillo al que disputan el comercio de la América Latina. ¿Y por qué no decirlo? También contra la Federación Germana, a la cual los tritones ponen competencia ofreciendo las cosmonaves mejor construidas a los precios más baratos[5]. Los tritones sabrían guardar bien ese secreto que iba a ponerles en condiciones de esperar tranquilos la agresión del Imperio Amarillo, en tanto que eso no perjudicaría a la República de Finan.

—No sé —murmuró Zach reflexionando—. Verdaderamente, no sé si debo...

—¿Cómo si debe? ¡Demonio de hombre! ¿No ve que si sabemos sacarle el jugo a este negocio va a sobrar dinero para los dos? Usted me necesita para sacar adelante este asunto. Tengo buenas relaciones con los tritones y ellos pagarán gustosos cuanto les pidamos. Luego... ¡oh, luego podremos reírnos de esos pobres desgraciados que diariamente tienen que arriesgar la piel llevando contrabando de un lado a otro, desvalijando cosmonaves comerciales y huyendo constantemente de las patrullas de la Policía Sideral! ¿Eh? ¿Qué me dice?

El trabajo más difícil para Zach Sawmill consistió en fingir que realmente le costaba decidirse.

Capítulo IV

El crucero *Ohio* seguía en la bahía cuando, llegando a Puerto Libre, Tyrrell posó su aerobote en la azotea de la sede social de la Hermandad de Cosmonautas Independientes.

Tyrrell se dirigió inmediatamente a su despacho, donde encontró cuatro de los capitanes de la Hermandad que estaban esperándole.

—¿Dónde está ese individuo... ese Sawmill? ¿Se llama así? —preguntó Palacios, un chileno de anchas espaldas, cuello exageradamente corto y tez oscura.

—Reichle me telefoneó cuando yo acababa de desarmar a Sawmill y su segundo. Me aseguró que él convencería a Sawmill para que se marchara por las buenas y en consecuencia llevé a los fineses a su quinta en mi aerobote.

Opheim, un joven británico que practicaba la piratería en asociación con un alemán llamado Stauren, apartó la pipa de sus dientes y preguntó desde la ventana:

—¿Entonces, Reichle convenció a Sawmill para que se marchara?

—Ignoro lo que ocurrió entre Reichle y el rebelde —dijo Tyrrell sombríamente—. Los dos tuvieron una conversación aparte. No pude oír lo qué hablaban, pero parece que se pusieron de acuerdo en pocas palabras. Reichle me aseguró que no debía preocuparme por Sawmill, que el crucero abandonaría Ganímedes y él se hacía responsable de que Sawmill cumpliría su promesa. Y me ordenó volver.

—¿Sin Sawmill? —preguntó Mario Albrici con desconfianza.

—Sin ellos.

Hubo un paréntesis de silencio en que los capitanes se miraron unos a otros. Luego, Opheim que estaba cerca de la ventana, exclamó:

— ¡Miren! El crucero está despegando.

Tyrrell se acercó a la ventana y vio que, en efecto, el crucero sideral abandonaba las aguas elevándose verticalmente, para virar en redondo y salir de la bahía haciendo girar sus hélices.

-¿Qué significa esto? —exclamó otro de los capitanes, un rudo brasileño llamado Ezquerdo-. ¿No se irá a marchar el barco sin su capitán, verdad?

-Es posible que el buque vaya a recoger a Sawmill a la quinta de Reichle -apuntó Tyrrell.

La inquietud se pintaba en los rostros de los capitanes piratas. Aunque

estaban siempre prontos a unirse para la defensa común, cosa que afortunadamente había ocurrido pocas veces, la desconfianza mutua era el signo bajo el cual se mantenían unidos en aquella «Hermandad» de ladrones. No siempre los capitanes piratas estaban de acuerdo entre sí y muchos de ellos llevaban su desacuerdo hasta la enemistad y la competencia personal.

Reichle no era la clase de persona más a propósito para inspirar confianza a los afiliados al «sindicato», sentimiento que Opheim expresó diciendo en voz alta:

—¿Se apuestan algo a que Reichle se queda con el crucero y la tripulación para sumarlos a su flotilla?

— ¡Maldito sea Reichle si hace eso! —rugió Palacios.

—Naturalmente, no podemos consentirlo —dijo Albrici con su dulce acento italiano—. Si Reichle ingresa en su flotilla a ese rebelde, los almirantes fineses no se darán tregua hasta acabar con la piratería en el espacio sideral.

—¿Por qué razón? —repuso Ezquerdo—. Sí Reichle alista a Sawmill en su flotilla, Reichle será quien sufra las consecuencias, pues a él será quien busquen los fineses con ahínco.

—No, señor, todos sufriremos las consecuencias. Los almirantes fineses no se pararán a inquirir la identidad de cada uno de nosotros, sino que nos largarán sus torpedos primero y harán preguntas después. Al fin y al cabo, ¿por qué habían de mostrarse tan galantes? Hace tiempo que desean acabar con nuestro Sindicato, y ésta será una buena ocasión para que pongan manos a la obra, pagando justos por pecadores.

De nuevo los capitanes se miraron unos a otros preocupados. En la pausa se escucharon pasos en la escalera. Poco después, dos nuevos personajes hacían su entrada en el despacho.

El primero de los recién llegados era una muchacha morena, alta y espigada. Sin ser hermosa, pues en realidad nada añadía ella para hacer destacar sus encantos, era en cambio una chica de extraordinaria personalidad. Vestía como un hombre y se tocaba la cabeza, con un gorro de lana rematado por una borla roja, al estilo de los patrones de pesca escandinavos.

Su origen era escandinavo, noruego para más claridad. Se llamaba Irma Noerberg. El hombre que la acompañaba era un joven alto y rubio, de grises y aceradas pupilas; un capitán llamado MacGee, de origen escocés. Siempre se les veía juntos.

Los recién llegados, como miembros de la Hermandad, fueron puestos al corriente de lo que ocurría en pocas palabras. Los azules ojos de la muchacha, que por contraste con su pelo oscuro y su tez morena eran lo más destacado de su cara, centellaban mientras escuchaba las explicaciones

de Tyrrell.

—Bueno —dijo Irma Noerberg—. ¿Y qué vamos a hacer?

—Yo sé lo que vamos a hacer —dijo Opheim golpeando la cazoleta de su pipa en la palma de la mano—. Si Reichle se ha asociado a Sawmill, debemos adelantarnos a los deseos de los fineses prestándoles un servicio por el cual nos queden agradecidos.

—¿Un favor? —inquirió Palacios interesado—. ¿Qué clase de favor?

—Capturemos a Sawmill y sus rebeldes y presentémoslos a las autoridades finesas.

—¿Vivos?

—O muertos. No creo que eso importe mucho, con tal que sé pueda demostrar, su identidad.

Los capitanes guardaron silencio mirándose unos a otros.

La potente emisora de radio, cuya antena se levantaba en la cumbre de Monte Verde, era de propiedad de la Hermandad y estaba al servicio de los miembros del «sindicato».

Utilizando esta emisora para comunicar con el Oteo, Zacn Sawmill habló por teléfono con Duncan Dimsdale, ordenándole levantar el vuelo y dirigirse a una pequeña isla próxima a la costa, cuya posición le fue indicada por Reichle. La isla en cuestión era un depósito de carburante de la Hermandad de Cosmonautas Independientes.

Reichle, que era un hombre reposado en la comodidad de su quinta de recreo, sabía ser activo cuando la ocasión lo requería. Así, mientras Zach estaba hablando por teléfono con el buque, Reichle apresuraba los preparativos para un largo viaje en el que, cosa que jamás había hecho, decidió llevar consigo a Melva y todas las riquezas que contenía su casa romana.

—El jefe del depósito se negará a reaprovisionar al crucero de combustible si yo no estoy presente para firmar el recibo correspondiente, así que vamos nosotros delante. Melva y los criados nos seguirán en otro bote —dijo Reichle.

Llevando consigo a dos de sus guardaespaldas fuertemente armados, Reichle se encontraba poco después en compañía de Sawmill y el teniente Elrod tripulando un aerobote en dirección a la isla.

—¿Me equivoco, o usted no piensa regresar a Ganímedes? —insinuó Zach mientras sobrevolaban la selva eludiendo a Puerto Libre.

La respuesta de Reichle fue:

—Vine a este infierno hace veinte años, y aunque mi posición ha mejorado mucho desde que trabajaba en las minas de uranio bajo el látigo de los guardianes, no ha pasado día sin que suspirara por regresar a la Tierra. Ahora, si el negocio se realiza como lo he proyectado, no necesitaré volver a Ganímedes para tener otra casa como «Villa Romana» en Río de

Janeiro, o Caracas u otra ciudad sudamericana. Me gustan los países cálidos, pero no los de la clase de Ganímedes.

El aerobote, habiendo volado en línea recta sobre tierra firme para acortar distancias, pasó sobre la costa y se dirigió hacia la isla. Ésta era un antiguo cráter de volcán apagado, cráter a la sazón ocupado por un lago que por alguna fisura comunicaba con el mar.

El Ohio acababa de llegar y estaba posado sobre las verdes aguas en el centro del lago. Reichle llevó su aerobote hasta el embarcadero, saltó al muelle y se dirigió al pabellón del jefe del depósito.

-¿Ese crucero es el mismo que la Escuadra finesa anda buscando desde hace dos semanas, no es cierto? - dijo el encargado del depósito mirando por la ventana hacia el lago-. Está bien, telefonearé a Tyrrell.

El encargado alargó la mano hacia el teléfono.

-Deja eso, Cárter -dijo Reichle apuntando al hombre con su pistola-. Vamos a pasar por alto los trámites de costumbre y apresurar la carga del crucero.

-¿Qué es esto, Reichle? ¿Un asalto? -exclamó Cárter atónito.

—Ponle el nombre que quieras. Pero ten presente, Cárter, que cuando salgas a dar la orden de tender las mangas, yo estaré a tu lado dispuesto a pegarte un tiro al menor signo de traición. ¿Está eso suficientemente claro?

Cárter asintió tragando saliva.

Mientras tanto, obedeciendo a las señas que Zach hacía al barco desde el muelle, el sargento Rowe, copiloto auxiliar, llevaba al *Ohio* con sumo cuidado hasta el embarcadero donde estaban las mangas.

Cárter salió de su barracón acristalado seguido de Reichle y gritó a los hombres que, inmóviles, estaban presenciando la maniobra del potente crucero sideral. Sobre el lomo de la cosmonave aparecieron los cosmonautas fineses, corriendo a levantar las escotillas que daban acceso a las bocas donde deberían enchufarse las mangas.

Un largo brazo metálico avanzó desde el muelle portando una pesada manga de gran diámetro. Otra grúa adelantó su gigantesco brazo. Las mangas fueron rápidamente conectadas y empezó el trasvase del keroseno y el oxígeno líquido desde los grandes depósitos de la base a los tanques de la cosmonave:

Mientras se realizaba esta operación, llegaron dos falúas aéreas con mucho cromo y cristal. Las ligeras aeronaves se posaron suavemente en el muelle sobre su tren de aterrizaje. Los hombres de Reichle saltaron a tierra portando sacos y abultadas maletas.

—Llevadlo todo al buque —dijo Reichle.

La manga del oxígeno líquido fue retirada. Las dos mangas que suministraban keroseno oscilaban acusando los impulsos de las bombas que introducían el combustible a gran presión, Reichle todo era lanzar

impacientes miradas al cielo.

La rubia Melva vino desde una de las falúas contoneándose sobre sus altos tacones, tirando de la correa de un rebelde terrier de pelo duro. En la mano libre llevaba un estuche de piel de cocodrilo. Vestía un ceñido pantalón y una vaporosa blusa confeccionada con el mínimo de tela para hacer más atrayente su espalda y la audaz curva de su busto.

-¿Dónde demonios vas con ese perro? —le gritó Reichle, cuyo malhumor iba en aumento a medida que transcurrían los minutos—. ¿Te figuras que éste es un viaje de recreo en un yate?

—¿No querrías que abandonara a Mix?—exclamó la muchacha abriendo desmesuradamente sus grandes e ingenuos ojos.

—Melva, eres una estúpida —rugió Reichle. Y asestando un formidable puntapié al chucho lo arrojó aullando al agua.

El terrier, al salir a flote, se puso a gemir y aullar como un condenado. Melva lanzó un grito de rabia, arrojó al suelo su estuche y empezó a chillar y patalear. Sin embargo, tomar una pataleta sobre sus altos tacones era algo sumamente incómodo, por lo que levantó una pierna tras otra despidiendo lejos sus zapatos.

Luego dio media vuelta brusca y echó a correr hacia una de las lujosas aeronaves en que había venido.

— ¡Melva, vuelve aquí! — rugió Reichle furioso.

Su novia no le atendió. Reichle corrió hasta alcanzarla, la asió por un brazo y la abofeteó tirándola al suelo.

En el muelle, los hombres de Cárter se reían. En cambio, los cosmonautas fineses, seguían silenciosos y sombríos la escena.

Reichle levantó a la joven de un tirón y le propinó un empujón en dirección al buque.

—Vamos, sube y que no te vuelva a oír.

Entre las risas y las burlas de los cargadores, la humillada muchacha pasó en dirección a la plancha que había quedado tendida entre la porta del crucero y el muelle.

El teniente Elrod estaba junto a la plancha y dijo:

—¿No es excesiva su severidad para una falta tan leve, Reichle? Después de todo, ¿qué hay de malo en que la señorita lleve su perro?

-Sé lo que es llevar un perro a bordo de una cosmonave. Lo ensucian todo y siempre están creando dificultades. Lo sé porque ese perro se lo traje yo al regreso de uno de mis viajes.

Uno de los cosmonautas había sacado un bichero y acababa de pescar por el collar al asustado chucho. El terrier fue izado hasta el muelle, donde se sacudió el agua salpicando a todos cuantos se encontraban cerca de él. Reichle fue uno de los alcanzados.

-¡Maldito bicho! -rugió desenfundando la pistola.

El teniente Elrod se inclinó, cogió al aterrado animal en sus brazos y se irguió sosteniendo la dura mirada del capitán pirata.

— No llore más, señorita Melva. Su perro vendrá con nosotros — prometió Elrod.

En los ojos de Reichle brilló la cólera del hombre acostumbrado a hacerse obedecer, ante la insolencia de un subordinado. Esto, sin embargo, duró apenas dos segundos; es decir, el tiempo que Reichle tardó en recordar que el crucero no era su propio barco y por consiguiente carecía de autoridad en él.

— ¡Oh, está bien! —dijo entre dientes—. Éste no es mi barco después de todo. Allá ustedes con las molestias que les origine ese bicho.

Elrod buscó con los ojos la aprobadora mirada de Sawmill. Luego sus ojos se cruzaron con los de la hermosa Melva, la cual le expresó su gratitud y simpatía con una sonrisa.

La joven tomó el perro en brazos y cruzó la plancha pasando a bordo del buque.

— ¡Listos! —anunció Cárter en este instante—. Tanques llenos hasta la boca.

Reichle quedó el último en el muelle junto a la plancha mientras sus hombres pasaban a bordo del crucero y los cosmonautas fineses cerraban válvulas y escotillas. Cárter se le acercó con un bloc y un lápiz.

—¿Querrás, al menos, firmar este recibo, Reichle?

-Vete al demonio con tus recibos -repuso el pirata sordamente.

—¿Quieres decir que no vas a pagar el importe del carburante recibido? No sé qué te llevas entre ceja y ceja, Reichle, pero te advierto que nadie ha dejado nunca de pagar una cuenta al Sindicato... excepto en el caso de que estuviera muerto.

-Dejo aquí mi «Villa Romana». Podéis embargarla a vuestro gusto como pago por el carburante que he tomado. Y ahora, Cárter, vete andando despacio hacia tú oficina. No te recomiendo que vuelvas la cabeza hasta que estés sentado a tu mesa.

Cárter miró un instante a Reichle con fijeza. Luego asintió, volvió la espalda y se encaminó hacia el barracón sin volver la cabeza.

Reichle pasó de un salto a bordo del crucero.

—¡Retirad la plancha y cerrad la escotilla! —ordenó a sus hombres.

Cárter estaba sentado ante su mesa con el teléfono aplicado a su oído mientras, a través de los sucios cristales, veía alzarse majestuosamente al crucero en el aire.

* * *

A 600 kilómetros de altura sobre Ganímedes, el sargento especialista Lowie informó por teléfono:

—Atención, sargento radar a comandante. Registro en mi pantalla seis puntos viniendo del horizonte hacia nosotros.

—Está bien, Lowie. No les pierda de vista.

Reichle, tendido en el sillón auxiliar a espaldas de Zach, profirió un sordo gruñido por el teléfono.

—Hola, Reichle —dijo Zach sin volver la cabeza—. ¿Ha oído eso? ¿Cree que pueden ser sus amigos viniendo en nuestra persecución?

—No me sorprendería en absoluto. Ese Tyrrell es un tipo astuto. Seguro que pensó que asociándome con usted perjudicaba al Sindicato por aquello de las represalias que la Armada de Finan pudiera tomar sobre la piratería en lo sucesivo. ¡Oh, Tyrrell es un secretario muy eficiente! Siempre está preocupándose por la buena marcha de la Hermandad.

—¿Usted pensó eso también?

—¡Bah! ¿Y qué puede importarme a mí lo que ellos piensen? Usted siga adelante como si los ignorara. ¿No tenemos una coraza electrónica para defendernos de sus torpedos? Bien, les daremos una sorpresa.

Zach guardó silencio. Con la proa apuntada al espacio libre y el motor de cola arrojando un chorro de llamas por la tobera, el *Ohio* estaba acelerando para alejarse del planetillo. Unos minutos después, al comunicar nuevamente con el sargento Lowie, Zach supo que los «puntos» se encontraban solamente a 2.000 kilómetros de distancia, en un rumbo que iba a cortar diagonalmente la ruta del *Ohio.*

Los «puntos», entiéndase aeronaves, venían muy acelerados desde que surgieron del horizonte de Ganímedes, ventaja ésta que Zach no podía superar como no fuera sometiéndose a sí mismo y a su tripulación a una aceleración que alcanzaría los peligrosos límites de la resistencia humana.

No haber cabido otra solución, Zach se hubiera arriesgado a correr los azares de una aceleración mayor. Tratándose de hacer frente a una flotilla pirata, sin embargo, su punto de vista era que debía presentar batalla y aplicar a aquellos granujas el correctivo que merecían.

A mil kilómetros de distancia, la flotilla había sacado quinientos kilómetros de ventaja sobre el crucero finés, empezando a describir una curva muy abierta que le situaría en posición óptima para atacar por el flanco.

Zach, entonces, apagó el motor cohete de cola.

La agobiante sensación de asfixia que pesaba sobre los tripulantes del crucero cesó instantáneamente, pasando bruscamente a experimentar el estado de semi-ingravidez que era normal a bordo de una moderna cosmonave navegando a motor parado.

— ¡Muy buena, excelente estrategia! —exclamó Reichle—. Eso obligará a esos tunantes a cruzar por delante de nosotros.

Zach apretó el botón que haría sonar el claxon en. todos los

compartimientos del buque.

— ¡Atención, zafarrancho de combate! —anunció a través de su micrófono—. Prepárense para lanzar torpedos atómicos.

Sin haber solicitado permiso para hacerlo, Reichle hizo saltar el pasador de su cinturón y abandonó su asiento, viniendo a situarse de pie a espaldas de los pilotos.

—Elrod, alcánceme el periscopio —dijo Zach.

El teniente apretó un botón del intrincado cuadro de instrumentos. Desde el techo de la cabina, un brillante tubo de acero descendió silenciosamente, inmovilizándose a la altura de la cara de Zach. Este hizo girar un cuarto de vuelta su sillón, empuñó los manguitos y acercó el frente de cristal de su escafandra al marco del instrumento.

Echó una mirada a los buques. Luego se retiró invitando a Reichle a echar un vistazo.

Reichle empujó hacia arriba el tubo para ponerlo a su altura, miró y dejó oír una risita.

-Sí, son ellos. Ahí la cabeza de tigre de Opheim... la bruja del supersticioso Albrici montada en su escoba... ¡Si hasta la pequeña Noerberg está aquí con su vieja carraca! Tyrrell no pudo elegirles mejor... Cualquiera de ellos daría un ojo de la cara por verme en pedazos, flotando en el éter camino de la eternidad.

Reichle se apartó del periscopio con el ceño fruncido.

-Se están acercando mucho —advirtió.

Zach se inclinó sobre la caja negra, movió los mandos y observó cómo se encendía la luz roja.

—Nuestro sistema defensivo está en marcha —dijo—. ¿Se siente más tranquilo ahora?

—No. Mientras no vea cómo actúa ese chisme. ¡Seguro que parará los torpedos?

-Sí.

—¿Y dejará pasar los nuestros?

—Tampoco, ése es por ahora el único inconveniente del dispositivo. Para que nuestros torpedos no exploten prematuramente, tenemos que abatir la coraza, disparar y enseguida volver a levantarla.

~ Luego, en ese intervalo, alguno de los torpedos enemigos nos puede alcanzar.

—Sí, si somos tan imprudentes de bajar la cortina cuando hay proyectiles en camino hacia nosotros. Pero tenga en cuenta que es cuestión de muy pocos minutos disparar y volver a tender la barrera.

La conversación entre Reichle y Sawmill quedó interrumpida por el aviso del sargento Lowie:

—¡Atención! El enemigo acaba de lanzar.

En efecto, la flotilla pirata estaba a punto de atajar la ruta del crucero y acababa de lanzar sus torpedos. Reichle se precipitó hacia el periscopio, en tanto que los pilotos seguían la marcha de los proyectiles a través de la pantalla de televisión.

Los buques piratas, que eran en realidad cosmonaves comerciales a las que se habían adaptado tubos lanzatorpedos, lanzaron a la vez.

-Atención a los torpedistas. ¿Están cargados los tubos? -preguntó Zach.

Elrod contestó señalando la última luz verde de una fila de diez que acababa de encenderse.

—Los tubos están listos, señor.

— Abra las compuertas.

Elrod accionó una tras otra las diez palanquitas que había debajo de cada luz. Las diez luces se tornaron rojas, indicando con ello que los torpedos estaban listos para salir.

En este momento, los torpedos lanzados por la flotilla pirata hacían explosión a trescientos kilómetros de distancia al chocar contra la invisible «coraza negra».

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Zach inclinándose hacia la caja negra. Empujó un interruptor—. ¡Fuego!

Los ágiles dedos de Elrod se movieron sobre la fila de diez botones colocados debajo de las luces rojas. El buque se estremeció ligeramente al impulsar fuera los torpedos por medio de una descarga de aire comprimido. Las luces rojas se volvieron ambarinas.

Seis artefactos de doce metros de longitud salieron por los seis tubos de proa. Otros cuatro fueron lanzados desde los tubos de popa. Los diez ingenios, apenas abandonaron los tubos, se controlaron por sí mismos y se alejaron arrojando largas llamas de fuego en busca del blanco.

Apenas hubieron rebasado la distancia de 300 kilómetros, Zach volvió a levantar la cortina electrónica protectora.

—Veamos cómo digieren ellos nuestras píldoras —dijo Zach entre dientes, agregando en voz alta—: ¡Atención, torpedistas! Vuelvan a cargar.

La flotilla pirata, mientras tanto, se veía con apuros frente a los diez rápidos torpedos que iban sobre ellos. Tres o cuatro capitanes que habían cargado de nuevo sus tubos dispararon. Los cinco torpedos piratas fueron a encontrarse con sus antagonistas a un cuarto del camino entre sus propios buques y el crucero finés. Los cinco torpedos fineses restantes se abalanzaron sobre los buques piratas...

Deslumbrantes globos de fuego brillaron en la profunda negrura del espacio. Reichle se abalanzó de nuevo sobre el periscopio.

—¡Magnífico! —exclamó después de echar una ojeada al espacio-. ¡Hemos tocado por lo menos a dos de ellos! Opheim presenta un boquete en el casco junto a la cabeza de su tigre. La vieja cacharra de Noerberg va

soltando una nube de oxígeno...

A través de la pantalla de televisión, los pilotos advirtieron un débil y lejano fogonazo.

-¿No se lo decía yo? —exclamó Reichle con voz jubilosa—. El buque de la pequeña Noerberg ha hecho explosión quedando partido en dos pedazos... ¡Cuidado, los otros acaban de lanzar sus torpedos!

Los cosmonautas fineses esperaron tranquilos mientras las luces ambarinas del tablero se volvían verdes y luego rojas. A través de la pantalla vieron de nuevo el chisporrotear de los globos atómicos al hacer explosión los torpedos contra la coraza electrónica.

— ¡Estupendo! —gritó Reichle en su excitación—. Ni uno sólo ha podido pasar nuestra cortina. Ahora se desbandan... ¡No huyáis, cobardes! Comandante, lance ahora... ¡lance!

Zach, en este momento, abatía la cortina electrónica y ordenaba:

—¡Fuego!

Otros diez torpedos fueron expulsados al espacio. Las máquinas, arrojando largas llamas por sus toberas, se alejaron autogobernándose en busca de los aparatos piratas.

En la pantalla de televisión, las diez explosiones nucleares fueron seguidas de dos relámpagos vivísimos. El *Ohio* se encontraba en este momento muy cerca de la flotilla pirata. Fueron perfectamente visibles los fragmentos despedidos de aquellas explosiones alejándose en todas direcciones.

— ¡Zambomba! —exclamó Reichle impresionado apartando su escafandra del telescopio—. Dos de ellos han saltado en fragmentos al hacer explosión su santabárbara. Uno fue el buque de Rock MacGee. Pobre muchacho, me era simpático a pesar de todo. Le tenía enfocado con el periscopio cuando el torpedo le alcanzó y estalló como un polvorín. No sé quién pueda ser el otro.

-Sea quien sea, la batalla ha terminado —observó Elrod—. Los dos supervivientes se alejan a todo gas.

—Déjenme que eche una mirada por el periscopio -dijo Zach.

Cuando Sawmill registró el espacio con el objetivo de su telescopio, sólo alcanzó á ver una cosmonave que, arrojando chorros de combustible que el frío sideral solidificaba inmediatamente a su alrededor, estaba expulsando un aerobote salvavidas.

— Atención, operador radio a comandante -dijo la voz del sargento North por los auriculares-. Acabo de recoger una llamada de socorro, al parecer de una mujer que anda perdida a la deriva.

—¿Una mujer? —repuso Zach sorprendido—. ¿Puedo oírla? —Sí, preste atención.

Zach escuchó el zumbido de la radio y luego una voz débil,

inconfundiblemente femenina:

— «¡Rock... Mario! ¿Dónde estáis? ¡Dios mío, no me abandonéis! A quien quiera que me escuche... soy Irma. La explosión de mi buque me precipitó al espacio por un boquete de la cabina... voy a la deriva, alejándome cada vez más. ¡Albrici! ¡Lowell! ¿Es que estáis muertos todos?»

La voz de la mujer se quebró en un sollozo.

—Debe ser la chica del viejo Noerberg —dijo Reichle—. Se llama Irma y es desde luego la única mujer, que yo sepa, que iba a bordo de esos buques.

— North, pruebe en varias longitudes de onda por si puede escucharnos. Pregúntele si nos ve. Si puede vernos y dirigirnos hacia ella, dígale que la rescataremos. Dése prisa —ordenó Zach.

Reichle protestó indignado:

—¿Está usted loco? A buen seguro no sabe lo que es tratar de localizar un náufrago que está moviéndose continuamente en este inmenso espacio. Puede ser cuestión de horas dar con esa muchacha. Y después de todo, no es más que un enemigo. ¿Se da cuenta que mientras la busca a ella pueden llegar los destructores de Schnitzler y darnos un disgusto?

-Esa pobre mujer está pasando un mal rato –repuso Zach-. Su reserva de oxígeno y sus baterías no alcanzarán apenas para una hora. Si en ese tiempo no hemos dado con ella, daremos por inútil seguir buscándola y nos alejaremos.

— ¡Arriesgar un negocio de millones... incluso la propia vida, sólo por salvar a una mujer! —exclamó Reichle despectivo— ¿Qué clase de hombre es usted?

—Soy un hombre —repuso Zach— a quien han educado en la convicción de que una mujer es siempre una mujer, sea cual sea su condición social.

Reichle cerró la boca y se abstuvo de añadir ningún otro comentario.

Capítulo V

La voz de la muchacha volvió a escucharse en los auriculares de Zach Sawmill después de una pausa.

— Sí, ahora les veo. El bote viene derecho hacia mí, sólo que un poco alto.

Zach, embutido en su grueso traje y su gran escafandra de presión total, corrigió el rumbo del aerobote que tripulaba en compañía de Duncan Dimsdale.

De nuevo la voz fatigada de la muchacha sonó en los oídos de sus salvadores:

—Ahora, vienen derechos hacia mí. Sí, ésa es la dirección.

Zach apretó un botón del cuadro de instrumentos. Sobre su cabeza, la cubierta de plomo del aerobote se descorrió suave y silenciosamente y a través de la cubierta de cristal las estrellas brillaron como ojos monstruosos desde la insondable profundidad del espacio vacío.

Ante Zach, la placa de plomo se descorrió también detrás del cristal parabrisas. Entonces pudo ver a la náufraga que flotaba en el vacío a menos de un centenar de metros de distancia. El aerobote se movía muy lentamente en dirección a la náufraga y Zach redujo todavía más la velocidad haciendo funcionar los cohetes de proa.

—Duncan, prepárese. Voy a vaciar la cabina.

Duncan Dimsdale tomó la cuerda que había traído previsoramente, sujetó uno de sus extremos a su fuerte cinturón de cuero y ató el otro cabo al asa del respaldo de su asiento. Mientras tanto, Zach abría una espita y dejaba que el aire contenido en la cabina escapara en un chorro al espacio.

La mujer náufraga estaba a sólo 20 metros de distancia cuando Zach tiró de la palanca que por. un mecanismo hidráulico descorría la cubierta transparente de cristal. Lentamente, el aerobote siguió avanzando, viéndose entonces que la muchacha iba a quedar unos metros a estribor.

— Ahora, Duncan. Salte.

El fornido contramaestre se asió al borde de la cabina. Un leve impulso le hizo salir flotando como una pluma de la cabina. La cuerda se desarrolló siguiendo a Dimsdale, el cual fue a ceñir con sus largos y robustos brazos a la muchacha. La chica aferró al contramaestre como solamente un náufrago era capaz de asirse a su tabla de salvación.

La ligera navecilla, mientras tanto, pasó de largo junto a la muchacha. La cuerda se tensó, tiró del grupo y lo arrastró en pos del aerobote.

Zach cogió el extremo de la cuerda, tiró con un leve esfuerzo y remolcó a la pareja hasta que Dimsdale pudo asirse al borde de la cubierta de cristal. La mujer y Dimsdale pasaron a bordo del aerobote y Zach empujó la palanca. La cubierta de cristal se corrió sobre las cabezas de los cosmonautas.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Zach a la muchacha que se sentaba a su lado.

—Sí —repuso la joven castañeando los dientes—. Sólo que tengo mucho frío.

Zach tomó uno de los enchufes que colgaban del cinturón de la náufraga.

—¿Es ésta la conexión de su sistema calefactor?

-Sí.

—Ahora se calentará su traje y dejará usted de sentir frío. Vamos a regresar al buque.

Zach encendió el cohete de estribor. La navecilla viró en redondo. Luego, con un vigoroso empujón de su motor de popa, fue a reunirse con el *Ohio.*

Unos minutos más tarde, Zach Sawmill empujaba una escotilla y trepaba hasta el pasillo que, de un extremo a otro, atravesaba el buque. Reichle se encontraba de pie junto a la escotilla cuando Irma Noerberg trepó por la escalerilla.

—¡Vaya, miren a quién tenemos aquí! —dijo Reichle con ironía.

La joven probablemente no le oyó. Zach le ayudó a despojarse de la escafandra que allá en el espacio le había salvado la vida. Las azules pupilas de Irma Noerberg relampaguearon al clavarse en el rostro de Reichle.

-Hola, jovencita -dijo Reichle riendo-. Esta vez te acertaron bien. ¿Dónde está tu buen amigo MacGee? La última vez que le vi, a través del telescopio, iba huyendo a toda máquina. ¿No es raro que no esperara siquiera para ver si estabas viva o muerta?

—Reichle, algún día pagará usted todos sus crímenes.

—¿Te refieres a tus amigos? No fue mi mano la que apretó los botones de disparo de los torpedos que pusieron fin a sus arrastradas vidas. Esto ha sido obra de nuestro amigo, el teniente Sawmill. Por cierto, fue un trabajo muy bien hecho. De seis buques sólo lograron escapar dos.

—Usted sabe a qué me refiero, Reichle. Fue su propia mano la que disparó los torpedos que mataron a mi padre. Aunque viva mil años no lo olvidaré. Y viviré mil años si es preciso hasta que un día u otro tenga la oportunidad de matarle.

Los ojos del pirata relampaguearon.

—Apasionada —murmuró—. Me gustan las mujeres que son capaces

de poner fuego en todos sus actos —adelantó su mano para acariciar la barbilla de la muchacha—. No eres bonita, Irma. Pero me agradas.

— ¡No me toque! —rugió la joven apartando la mano del pirata de un golpe.

Reichle soltó una risotada, risa que quedó inesperadamente cortada en seco al avanzar la señorita Noerberg y cerrarle la boca de un soberbio puñetazo.

La delgada muchacha, toda nervio y músculo, resultó ser más vigorosa de lo que aparentaba. Debido a esto y a la pequeña fuerza de gravedad que actuaba sobre los tripulantes de la cosmonave, Reichle fue lanzado como un monigote contra el mamparo, donde chocó con sordo ruido. Al reponerse del golpe y llevar sus manos a la boca Reichle la retiró manchada de la sangre que manaba de sus labios.

Esto enfureció a Reichle quien, avanzando hacia la chica, rugió:

— ¡Maldita gata rabiosa!

Zach Sawmill se interpuso en su camino obligándole a retroceder de un empujón.

— ¡Basta, Reichle! No querrá usted golpear también a una señorita.

—¿Qué tiene ella de señorita? —bramó el pirata—. ¿No lo ha visto? ¡Me ha golpeado, la mala...!

—Reichle, basta he dicho.

Reichle calló mirando al oficial con asombro. Este continuó:

—Sus rencillas personales no me importan, pero éste no es lugar para resolverlas. Dimsdale, lleve a la señorita a su camarote.

El contramaestre asió a la joven por un brazo y se la llevó pasillo adelante.

—Vamos, Reichle. Ya hemos perdido demasiado tiempo —dijo Zach echando a andar en dirección a la cámara de derrota.

Reichle le siguió limpiándose la sangre de la boca con un pañuelo.

* * *

Cuando, cansado y muerto de sueño, Zach salía de la cabina de mando unas horas después, encontró en el estrecho pasillo al cosmonauta Murphy, cocinero de a bordo, quien con una bandeja por una servilleta, golpeaba con la mano libre la puerta de acero del camarote número tres.

—Murphy, ¿qué ocurre?

—Esa condenada chica, la que usted rescató del espacio. No quiere abrir, ni siquiera para tomar la comida que le traigo.

—Espera, yo llamaré —Zach ocupó el lugar del cocinero ante la puerta, llamó con los nudillos y dijo alzando la voz—. Señorita Noerberg. ¿Está ahí? Abra, soy el comandante.

Dentro crujieron los muelles de la litera. El cerrojo fue descorrido y la

muchacha apareció en el vano de la puerta.

—Murphy le trae la comida. Es una distinción desacostumbrada a bordo de este buque, excepto en el caso que alguien se encuentre enfermo.

—Llévese su distinción y su comida. No tengo apetito.

La muchacha iba a cerrar de nuevo, pero Zach interpuso su pie impidiendo que la puerta se cerrara. Empujó suavemente. La muchacha se retiró, mirándole hostilmente. Zach entró y mantuvo la puerta abierta mientras decía:

— Adelante, Murphy. Deja la bandeja sobre la mesa. Murphy así lo hizo. Dejó la bandeja sobre la pequeña mesa y salió.

-¿Por qué no quiere comer? -interrogó Zach mirando a la muchacha.

—Ya se lo he dicho. No tengo apetito.

—Sin embargo sentirá apetito alguna vez, más pronto o más tarde. Usted no pensará estarse sin probar alimento en las seis semanas que invertiremos en el crucero hasta Venus, ¿verdad? Ya está suficientemente flaca.

La palabra «flaca», evidentemente, no fue del agrado de Irma Noerberg. Sus extrañas pupilas relampaguearon furiosas. Luego, un pensamiento cruzó por su mente desvaneciendo el enojo del primer momento.

—¿Dijo usted que vamos a Venus? —preguntó entornando los párpados.

—Sí, eso dije.

—¿Cuál es el objeto de este viaje a Venus?

Zach se detuvo vacilando. Luego sonrió y dijo:

—Bueno, digamos que tenemos un pequeño negocio a realizar con los tritones.

—¿Tenemos?

—El señor Reichle y yo.

Los bellos ojos de la muchacha se abrieron ahora para contemplar fijamente a Zach.

—Si tiene usted negocios con Reichle, sólo le diré una cosa. Tenga usted mucho cuidado. Reichle es falso, astuto y traicionero. Nunca se fíe de él.

- Usted no tiene en mucha estima a Reichle. Le llaman Barba Roja, ¿no es cierto?

-Reichle mató a mi padre. ¿Qué sentimientos cree usted que puede inspirarme?

-¿De veras que Reichle mató a su padre de usted? Quiero decir, si está segura.

-Naturalmente, lo estoy. Mi padre, como Reichle y tantos otros, había sido un antiguo penado cuando Ganímedes era una colonia del condominio de las Naciones Unidas, donde todos los países enviaban a sus reclusos.

Más tarde, mi padre se dedicó al contrabando y la piratería... Sé lo que está pensando usted. Mi padre no era un hombre bueno. Pero era mi padre. Reichle lo asesinó. Mi padre acababa de hacer una presa... una cosmonave marciana cargada de mercancías muy valiosas. La cosmonave había pedido socorro por radio. Reichle se encontraba cerca con su flotilla... es propietario de tres buques siderales que casi siempre operan juntos. Para apropiarse la presa capturada por mi padre, Reichle le torpedeó. Uno de los torpedos entró en la cámara de derrota y destrozó a mi padre. Eso ocurrió hace aproximadamente dos años.

—Y desde entonces, usted espera la ocasión de vengarse de Reichle.

—Tengo derecho a la venganza, ¿no cree usted? —repuso ella con ferocidad que la afeó.

—Bien, no diré que el derecho no sea suyo. Pero supongamos que, llegada la ocasión tan esperada por usted, pudiera pegarle un tiro en la nuca a Reichle. ¿En qué la satisfacerla? ¿Se sentiría usted más feliz? ¿Podría ese acto devolverle la vida a su padre? Como sumo, a lo más que alcanzaría, sería a sentir sobre su conciencia el remordimiento por cuantos años le quedaran de vida.

Ella le dirigió una mirada de profunda extrañeza.

—¿Sabe, teniente Sawmill? No habla usted como lo que es.

—¿Cómo dice? —exclamó Zach pegando un respingo.

—Usted no es mejor que yo, y es apenas menos malo que Reichle. Es un rebelde. Se amotinó contra su comandante, robó este buque y tiene su cabeza puesta a precio. Es cierto que todavía no ha derramado sangre, si exceptuamos a los piratas a quienes hoy dio muerte, por cuyo acto no le colgarán. Sin embargo, si se propone seguir en el camino que ha emprendido, inevitablemente tendrá que asaltar, robar y asesinar a personas inocentes. Yo me pregunto si está aquí sabiendo todo eso, o vino a dar en la profesión de pirata por puro azar.

Zach sonrió:

-Seguramente me merecía el sermón, en correspondencia al que yo le di antes.

—Ahora no habla usted en serio.

-No. Pero sí le digo formalmente que se morirá mucho antes de haber llegado a Venus si persiste en negarse a comer. ¿Lo ha pensado mejor? Bien, ahí queda la bandeja por si el hambre le aprieta y le obliga a claudicar.

Zach abandonó la cabina. Había tomado un ligero refrigerio poco antes, sentía más cansancio que apetito y optó por irse a dormir. Al levantarse estaba descansado y hambriento.

En el comedor, Zach se encontró con Reichle que estaba desayunando en compañía de sus hombres. Estos eran quince en total, de los cuales

cuatro formaban la guardia de corps de Reichle. Uno era el ayuda de cámara del pirata, empleo caído en desuso que Reichle había restaurado para su propio uso y vanidad.

Los diez hombres restantes pertenecían a las tripulaciones de las cosmonaves de Reichle. Eran gente de pelo en pecho, aventureros, fugitivos de la Justicia y ex presidiarios, la mayoría de ellos con un pasado de crímenes y violencias.

—Si tiene usted especialistas entre su gente, Reichle, convendría turnarlos con mis hombres en los puestos de vigilia y demás servicios. A sus hombres, eso les serviría de distracción y para los míos representaría un alivio —dijo Sawmill.

Reichle se mostró de acuerdo. En lo sucesivo, a un turno de guardia de los cosmonautas fineses, reemplazó otro turno de cosmonautas piratas.

Zach, que temía mucho una indiscreción de sus hombres, dispuso hábilmente estos turnos de manera que piratas y fineses se encontraran juntos el menor tiempo posible.

El propio Reichle se ofreció para hacer su guardia en la cámara de derrota, quedando establecido un turno de seis horas entre éste, el teniente Elrod, el sargento Rowe y Zach Sawmill.

La convivencia de varias personas por largos períodos de tiempo entre los férreos mamparos de una nave sideral, presentaba una serie de problemas que los sicólogos habían estudiado profundamente durante años con vistas a remediarlos o siquiera aliviarlos. Por esta razón, la tendencia había sido la de construir cosmonaves más grandes para que sus tripulantes se sintieran más cómodos a bordo de ellas.

Los pasatiempos corrientes corrían a cargo de la lectura, los juegos, la proyección de películas y, sobre todo, la televisión.

Satélites artificiales entre la Tierra, Finan y Marte, servían de antenas escalonadas para recibir y reforzar las imágenes de televisión. De esta forma, los tripulantes de las cosmonaves en ruta no llegaban jamás a sentirse demasiado solos ni demasiado lejos de sus mundos de origen.

Desde sus aeronaves, los cosmonautas podían asistir cómodamente a las competiciones deportivas que se celebraban en la Tierra, en Marte o Finan, podían seguir al día los últimos acontecimientos del orbe entero, o bien matar el tiempo viendo películas, obras de teatro y espectáculos de revista y variedades, o simplemente escuchar un concierto o una conferencia sobre cualquier tema instructivo.

Los receptores de televisión estaban profusamente esparcidos a bordo del crucero *Ohio,* y los había incluso en algunos camarotes. Irma Noerberg, que ocupaba el camarote del oficial navegador, tenía un televisor para su uso exclusivo, lo que indudablemente le permitió mantenerse aislada en su voluntario encierro por todo el tiempo que duró la travesía.

Pero incluso teniendo a mano un aparato de televisión, una persona llegaba a sentirse fatigada y aburrida si se veía privada de la conversación de un semejante.

Irma Noerberg, que al fin y al cabo era un ser humano, llegó a sentirse tan hastiada de su soledad, que empezó a buscar la conversación del cosmonauta Murphy cada vez que éste entraba en el camarote para llevarle comida.

Murphy, desgraciadamente, había sido severamente instruido por Sawmill para que evitara los temas de conversación que pudieran hacerle incurrir en el error de descubrir la farsa en que toda la tripulación tomaba parte. Murphy, que se sabía muy mal comediante, hizo todavía más esquivando entrar en ninguna clase de conversación con la muchacha. Irma pronto advirtió que el cocinero no era un gran conversador, por lo que tuvo que buscar un nuevo elemento capaz de recibir sus vehementes deseos de charlar.

A nueve días de Ganímedes, al salir de la cámara de derrota después de realizar su guardia, Zach Sawmill encontró a Irma Noerberg en el pasillo apoyada contra el marco de la puerta abierta del camarote.

Aquel día charlaron un poco.

Al día siguiente, Irma vigiló la salida de Sawmill de la cámara de derrota para encontrarse con él en el pasillo. Esta vez charlaron más extensamente.

El tercer día, Zach sugirió a la muchacha que podían cenar juntos en el pequeño comedor de los oficiales, desierto a aquellas horas. Irma aceptó y en lo sucesivo el comedor fue su lugar de reunión al terminar Zach su guardia. En las restantes comidas, sin embargo, Irma permaneció obstinadamente encerrada en su camarote, eludiendo encontrarse con Reichle, el cual comía también en aquel comedor.

Muy pronto se aficionaron uno a la compañía del otro, hasta el punto de esperar con impaciencia el momento de su encuentro, prolongando continuamente el tiempo que permanecían juntos charlando incansablemente.

A Sawmill no sólo le gustaba la compañía de la chica, sino que se daba perfecta cuenta de los esfuerzos de ella para agradarle. En efecto, aunque Sawmill lo había olvidado, Irma recordaba muy bien que él la había considerado excesivamente flaca cuando se conocieron. Después de esto, Irma formó el firme propósito de engordar, empeño en el que se vio inesperadamente ayudada por un inusitado despertar de su apetito. Comiendo vorazmente y en obligatorio reposo, Irma pronto empezó a ganar peso. Sus mejillas se rellenaron, su tez se hizo más clara y su busto y sus caderas se redondearon adquiriendo atrevidas y seductoras curvas.

-Nuestra pequeña Irma se está transformando en un exquisito bombón -

dijo un día Reichle a Zach, después de ver a la muchacha cruzando el pasillo.

Zach se sintió profundamente molesto. Y en esta molestia por las rudas palabras de «Barba Roja» encontró la razón de ciertos extraños impulsos experimentados ante la proximidad de la muchacha.

El disgusto de Sawmill no fue menor al descubrir que se estaba enamorando de Irma Noerberg.

Capítulo VI

Después de traspasar el blanco techo de nubes que ocultaban el planeta, los cosmonautas del *Ohio* divisaron tierra cuando se encontraban a tres mil metros de altura. Después de seis semanas de soledad espacial, el espectáculo que presenciaron los cosmonautas no era el más apropiado para reconfortar el ánimo. La desértica aridez de las regiones más desoladas de la Tierra, podía considerarse, si se la comparaba a la inhospitalaria tierra venusina, casi como un vergel.

El desierto venusino, por contraste con los desiertos terrestres y marcianos, era tan rigurosamente desolado que no ofrecía siquiera la novedad de un reseco arbusto agitado por el viento. Allí todo era un monótono amontonamiento de rocas, inaccesibles cordilleras de montañas, profundos abismos y extensiones sin fin de tierra granujienta y áspera.

La lluvia, frecuente y siempre acompañada de espantosas tormentas, había abierto el suelo venusino en multitud de profundas cicatrices, pequeños torrentes, grandes barrancas y ríos de hinchadas y turbulentas corrientes que iban a desembocar en el mar.

La razón de la impresionante aridez de Venus había que buscarla en la juventud del planeta. La Tierra había sido así en su remoto pasado durante millones de años, hasta que surgiendo del mar la vida vegetal y la animal, fueron extendiéndose sobre los continentes vírgenes, evolucionando hacia especies superiores que derivaron en grandes bosques, primitivamente habitados por una fauna de reptiles rudimentarios.

En Venus, sin embargo, el milagro que en el fondo del océano prendió la misteriosa llama de la vida, estaba en camino de realizarse por otros medios distintos de la Tierra.

Los tritones, extraña raza de reptiles anfibios de una especie superior, habían empezado la transformación del planeta poblando los mares de plantas marinas y de peces traídos desde Finan, su mundo de origen, ahora habitado por los norteamericanos.

La atmósfera de Venus, con muy poco oxígeno y abundante anhídrido carbónico, ofrecía escasas perspectivas para que a la luz del día pudieran prosperar las especies animales. En cambio, el gas carbónico era el elemento principal para el desarrollo de las plantas.

Algún día, cuando los inmensos bosques plantados por los tritones se extendieran sobre todo el planeta, las plantas serían quienes fabricarían el oxígeno que más tarde habría de respirar el nombre. Mas para esto habrían

de transcurrir quizás millones de años, por lo que la perspectiva de la habitabilidad de Venus quedaba todavía lejos en los confínes de un remoto futuro.

Por lo pronto, los tritones habían vuelto a su elemento primitivo, el mar, donde haciendo honor a la frase se desenvolvían como pez en el agua. Así, mientras en la corteza de Venus la vida era imposible para el hombre de la Tierra, incluso para los mismos tritones, una nueva y prolífera vida se desarrollaba en el mar en sus parajes menos profundos. Del mar extraían los tritones el oxígeno vital por medio de sus branquias. Del mar extraían también los elementos indispensables para su alimentación: algas y peces.

Los tritones, sin embargo, habían contraído con el paso de los siglos ciertos hábitos a los que no podían renunciar fácilmente. Esto es que, mientras realizaban sus cosechas y sus pesquerías en el mar, los tritones gustaban en cambio de habitar en ciudades secas y bien aireadas, respirando oxígeno y viviendo, más o menos, de forma parecida al terrícola.

Prueba de que los tritones no se resignaban a vivir como simples peces, eran las ciudades-concha que habían construido ancladas en el fondo del mar.

En la Tierra, así como en Finan y Marte, se sabía muy poco de los tritones. Los escasos contactos habidos entre tritones y terrícolas se debían en su mayor parte a los piratas, contrabandistas y cierta clase de traficantes. Los tritones, en su nuevo mundo, tenían necesidad de muchos artículos, los cuales las potencias terrícolas se negaban a facilitarles o sólo estaban dispuestas a facilitar en cuentagotas.

En el fondo de esta sorda hostilidad existía el temor de la civilización terrícola a los tritones. La creencia común era que, más pronto o más tarde, los tritones manifestarían su verdadera intención. Y esta intención siniestra no podía ser otra que la reconquista de Finan y el aniquilamiento de la raza humana.

Los tritones poseían la cualidad de poder reproducirse con enorme rapidez. Su alta técnica, copiada por los terrícolas, jamás pudo ser superada. Exportaban artículos manufacturados, en especial material electrónico, armas y cosmonaves. Un 50 por ciento de todos los buques siderales dedicados al comercio, eran de fabricación tritona. Estas cosmonaves eran consideradas las mejores del mundo.

Estos dos hechos irrefutables, la sospecha del rápido incremento de su población, su capacidad industrial para fabricar cosmonaves y armamentos para la exportación, abonaban los recelos de la humanidad que les observaba desde lejos. A la República de Finan, por ejemplo, le habría gustado mucho conocer el número exacto de habitantes que de año en año tenía Venus.

También le habría gustado saber si los tritones poseían un arma parecida a la «coraza negra» con la cual la República iba a proteger a los buques de su Armada Sideral.

Para sondear sobre estos dos puntos estaba Zach Sawmill allí.

Mientras el *Ohio,* guiándose por su radiogoniómetro, se dirigía en vuelo bajo a cierto lugar de la costa donde solían aterrizar las cosmonaves traficantes, Reichle tomaba el micrófono y comunicaba por radio con la estación receptora de los tritones, a fin de identificarse y anunciar su llegada.

Reichle «Barba Roja» era un personaje muy conocido de los tritones. Como todos los piratas, Reichle solía tomar la ruta de Venus después de un raid afortunado en el que había logrado capturar una cosmonave cargada de uranio, wolframio, titanio, cromo, mercurio u otros minerales de los que los tritones siempre estaban sedientos.

En la cámara de derrota, mientras escuchaba a Reichle a que la serie de extraños chasquidos, gruñidos y voces guturales que formaba el idioma tritón, Zach Sawmill pensaba que había llegado el momento más difícil de su misión. ¿Cómo reaccionarían los tritones al serle ofrecido en venta el último invento de la técnica finesa?

Dos cosas podían ocurrir, a saber: que los tritones tuvieran en secreto esta arma, o que no la conociesen siquiera. Si los tritones tenían algo semejante a la «coraza negra», dos cosas podían ocurrir: Que rechazaran la oferta de los fingidos traidores, o bien, callando astutamente, la compraran aunque no fuera a servirles de nada.

Pero podía ocurrir una tercera cosa y era que, tanto si los tritones poseían la «coraza negra» como si no, decidieran ahorrarse el elevado precio que Reichle pediría por el invento... pasando a cuchillo a Reichle, a sus piratas, a los cosmonautas fineses y al propio Zach.

Una voz gutural contestó a Reichle en términos secos y concisos. Poco después Reichle entraba en la cabina y anunciaba:

—Todo está arreglado. Los delegados tritones nos esperan. Allí está el mar. Siga la línea de la costa hasta que veamos la antena del radiotelescopio en la cima de un alto acantilado.

La visibilidad en general era mala en Venus, debido entre otras cosas a la intensa evaporación producida por el calor en la tierra y el mar. El operador de radar fue el primero en divisar la antena del radiotelescopio reflejada en su pantalla de radar y así lo anunció.

Poco después, Zach veía surgir de la bruma la mole pétrea de un alto acantilado, el cual por el lado del mar caía verticalmente sobre una angosta faja de tierra.

—Este es el punto de reunión —señaló Reichle a la estrecha faja de arena —. Aterrice allí.

—¿Siempre vienen a reunirse aquí con los representantes tritones?

—Hay dos o tres lugares en el extremo opuesto del planeta donde los tritones tienen también sus factorías.

Al acercarse más, Zach advirtió varías columnas de humo negruzco que al parecer salían por la cima del acantilado. Zach sabía que los tritones eran muy aficionados a construir sus ciudades en el corazón de los acantilados inmediatos al mar, con el cual se comunicaban por medio de túneles submarinos que servían de entrada y salida a sus buques sumergibles.

Al menos ésta era la técnica que los tritones habían desarrollado en Finan.

-¿Es grande la ciudad que los tritones tienen en el corazón de la montaña? -preguntó el teniente Elrod.

-No es propiamente una ciudad -repuso Reichle-. Los tritones sólo tienen aquí algunas de sus fundiciones de acero, un astillero donde construyen cosmonaves y una complicada instalación para extraer hierro, oro y otros metales de las aguas del mar. Excepto en los astilleros, hay poca gente trabajando en el resto de la industria. Casi todo funciona automáticamente. Sus ciudades propiamente dichas están en el fondo del mar y son a modo de enormes cajas de acero que interiormente han dividido en pisos. En cada piso hay varias calles y sobre estas calles se abren los apartamentos de los tritones. ¡Bueno, uno no sabe si aquello es realmente una ciudad! Más bien se parece a un hotel gigantesco o uno de esos modernos edificios de apartamentos.

Sirviéndose únicamente de las hélices y el circuito antimagnético que sostenía a la pesada cosmonave en el aire, Zach maniobró hasta situar el aparato verticalmente sobre la playa entre la base del acantilado y el mar. Entonces hizo salir el tren de aterrizaje y, suavemente, fue a posar la cosmonave en la arena.

El piso debía ser de roca o cemento debajo de la arena, pues las dobles ruedas se hundieron unos centímetros y tropezaron con suelo firme.

—No es necesario que bajemos todos —dijo Reichle—. Después de todo, ustedes no hablan el idioma tritón.

— Es cierto —repuso Zach—. Pero la señorita Noerberg sí lo habla. Ella vendrá con nosotros y nos servirá de intérprete.

Barba Roja hizo una mueca. Evidentemente, la idea de Sawmill no le agradó. Sin embargo, se abstuvo de oponer reparos a la presencia de la muchacha en el grupo como testigo de todo lo que él hablara con los representantes tritones.

En Venus existía una atmósfera, aunque ésta no fuese apta para la respiración de los terrícolas. Sin embargo, habiendo presión atmosférica y calor, los expedicionarios no tenían necesidad ni de sus trajes de presión ni siquiera de sus escafandras.

Ropas de uso corriente y una simple mascarilla conectada a una cápsula de oxígeno bastaba para garantizar su permanencia en el medio ambiente venusino.

Equipados con estas máscaras, que sólo les cubrían nariz y boca, el pequeño grupo pasó por la esclusa de aire del *Ohio* y saltó a la playa sin mayores precauciones. Hacía calor. La temperatura media de Venus, por su proximidad al Sol, era del orden de los 45 grados centígrados.

Sin la densa envoltura de nubes, la vida sobre el planeta habría sido imposible para eí terrícola.

Pisar tierra firme siempre era consolador para los cosmonautas que habían pasado largas semanas sobre una nave espacial experimentando las molestias inherentes a una fuerza de gravedad muy débil.

Venus no era precisamente un vergel, pero allí a la orilla del mar se estaba bien. Reichle, Zach y la señorita Noerberg esperaron unos minutos hasta que escucharon un ruido de ruedas dentadas sobre sus cabezas.

Entonces, levantando los ojos, vieron un montacargas que, suspendido por un cable del brazo de una grúa, descendía desde media altura del acantilado llevando a tres personas.

Eran tritones.

Zach, al igual que millones de hombres en todo el orbe, sólo conocía a esta extraña raza de reptiles-hombres a través de la descripción de los libros y algún film documental de la época en que los norteamericanos combatieron a los tritones para arrebatarles su planeta; Finan.

Lleno de inquietud y emoción, Zach esperó hasta que el montacargas tocó la playa y los tres tritones se acercaron andando en la forma grotesca que solían hacerlo los patos. Los tritones tenían los pies palmeados, como asimismo las manos. Sus cuerpos, cubiertos de escamas verdosas, que tiraban a azul en las hembras, no eran visibles en esta ocasión por venir vestidos con unos trajes de una sola pieza a los que se unía la abultada escafandra.

Los tritones venían armados de fusiles y llevaban también pistola en una funda unida al cinturón.

Detrás del cristal de las escafandras, Zach pudo ver por primera vez los monstruosos rostros de los tritones, dos ojos redondos de besugo, unas profundas fosas nasales y una boca de pescado armada de menudos y afilados dientes en forma de sierra. Inmediatamente detrás de la mandíbula, las rojas agallas, por las que realizaban su respiración branquial, palpitaban hinchándose y deshinchándose.

Eran sencillamente horribles.

Los tritones se detuvieron ante los terrícolas. Reichle levantó una mano en señal de saludo y habló a través de la rejilla de su mascarilla. Irma Noerberg, previamente advertida por Zach, se puso junto al pirata a fin de

no perder palabra de lo que se hablaba entre éste y la comisión de tritones.

Reichle habló seguido durante un buen rato, señalando varias veces a Sawmill y al crucero sideral que estaba tras ellos. Las intervenciones de los tritones fueron breves y quedaron reducidas a sordos gruñidos de asentimiento.

Reichle terminó de exponer el asunto. Entonces, uno de los tritones habló con su extraño y gutural idioma, se despidió con un gruñido y se alejó seguido de sus compañeros.

— Bueno, ¿qué han dicho? —preguntó Zach impaciente. Irma Noerberg se anticipó a Reichle, diciendo:

— La comisión no está autorizada para tratar esta clase de asuntos. Harán una consulta y nos darán su respuesta.

—Sí, eso fue exactamente lo que dijeron —gruñó Reichle.

—¿Tardaremos mucho en conocer su respuesta?

—No se lo pregunté. A los tritones no les gusta que les apremien. Podemos volver al buque y esperar allí hasta que den señales de vida.

El grupo regresó a bordo. Aquel día, por primera vez, Irma comió en el comedor de los oficiales hallándose presente su aborrecido enemigo: Reichle. Durante la sobremesa se discutió entre Zach y Reichle el precio a convenir con los tritones, caso que el *Ohio* les interesara, lo cuál Reichle no ponía en duda.

-Una cosmonave tritona de seis mil toneladas repleta de oro, ése es el precio que les pediremos —dijo Reichle—. Los tritones tienen mucho oro. Lo extraen del mar al mismo tiempo que otros minerales y carece para ellos del extraordinario valor que nosotros le damos[6].

—¿Por qué no dos cosmonaves, cada una cargada con una cantidad igual de oro en lingotes? —propuso Irma Noerberg.

-¿Por qué dos? —preguntó Reichle rápidamente.

La joven contestó mirando a Zach:

—Supongo que, una vez realizada la transacción, cada uno de ustedes querrá realizar sus propios planes. Si el oro ha de dividirse en dos partes iguales, mejor que el reparto se haga aquí en Venus antes de separarse. Luego, cada uno marchará por donde mejor le convenga.

Aunque hizo visibles esfuerzos por disimularlo, la proposición de la muchacha no gustó mucho a Reichle. La discusión quedó interrumpida allí sin que se llegara a ningún acuerdo definitivo, al asomar el especialista de radio de la tripulación de Reichle y anunciar:

—Jefe, los tritones están a la escucha por la radio. Quieren hablar con usted.

Reichle abandonó rápidamente el comedor. Zach hizo una leve indicación a Irma Noerberg con la cabeza. La muchacha se levantó y siguió a Reichle hasta la cabina de radio.

Sin tanta prisa, Zach Sawmill les siguió poco después, entrando en la cabina donde Reichle y la chica estaban inclinados sobre el receptor. Zach se acercó, a Irma y la muchacha le fue traduciendo en voz baja la conversación entre Reichle y los tritones.

Los tritones, simplemente, invitaban a Reichle a elevarse con el crucero a 500 kilómetros de altura, donde se le sometería a prueba para ver si realmente la coraza electrónica era capaz de detener los torpedos que se dispararían contra el buque.

-Reichle dice que está de acuerdo -dijo Irma mirando a Zach con preocupación—. ¿Lo está usted?

—Sí, desde luego.

—¿Y si los torpedos tritones resultaran capaces de atravesar su cortina electrónica?

—No lo creo. Pero lo comprobaremos. Es natural que los tritones deseen que les hagamos una demostración. Reichle, pregúnteles si «están dispuestos para la prueba.

—Dicen que ellos están preparados.

-Pues nosotros también. Avíseles que vamos a despegar.

Zach Sawmill salió de la cabina y se dirigió resueltamente a la cámara de derrota.

Irma Noerberg le siguió hasta allí.

-Sawmill, ¿quiere escucharme? -preguntó uniendo las manos a la espalda, mirándole gravemente.

—¿Ahora, Irma? Lo siento, estoy muy ocupado y... ¡em!

Zach se interrumpió advirtiendo la expresión encolerizada de las bellas pupilas grises.

-Sí, tiene que ser ahora, porque después será demasiado tarde. Sawmill, ¿ha medido bien las consecuencias de lo que va a hacer?

—Irma, si va a sermonearme...

—Voy a decirle cuatro verdades nada más, Sawmill, aun a riesgo que no quiera escucharme. Lo que ya a hacer es vergonzoso. No sólo vergonzoso, sino estúpido además. Jamás podrá disfrutar en paz de la riqueza que obtenga como precio por su traición. Aunque Reichle le permita llegar con su oro a Sudamérica.

—Respecto a Reichle...

—Reichle importa poco ahora. Naturalmente, si puede le quitará su parte del oro que reciban. Para ello tendrá que matarle, o si no, usted le matará a él. Suponga que todo ha salido bien y se encuentra sano y salvo con un montón de toneladas de oro en cualquier país sudamericano. ¿Qué hará después?

Zach sonrió:

—¿Qué haré? Bueno, pues en primer lugar pondré a buen recaudo mi

oro en la caja acorazada de algún Banco. Compraré una casa, una hermosa casa de veinte habitaciones en un barrio residencial de Río de Janeiro, Valparaíso o tal vez Caracas. Me rodearé de muchos amigos que vendrán a adularme celebrando la buena calidad de mi champaña. Tendré una aeronave para mi uso particular. Y tal vez me case con usted. ¡Sí, creo que eso es lo que haré!

Zach miró riendo a la muchacha y la vio palidecer. Los hermosos ojos de Irma se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué se burla de mí? -espetó en son de reproche.

Zach dejó de reír. Mirándola seriamente aseguró:

-¿Por qué dice eso? No es ninguna broma que la quiero.

—No debió decirlo en este momento... en estas circunstancias... ¿O cree tal vez que por el hecho de hacerme copartícipe de la dicha que se promete, es suficiente para variar el aspecto de la cuestión? ¿Se propone acaso comprar mi asentimiento, ofreciéndome un lugar en su estúpido trono de oro?

- Bueno, Irma. Tal vez no sea éste el momento más oportuno para discutir este asunto —dijo Sawmill gravemente.

—Por el contrario, éste es el momento adecuado, antes que se comprometa con los tritones. Luego será demasiado tarde para volver atrás. Sawmill, yo hubiera preferido que fuese otro el momento y las circunstancias en que tuviera que decirle esto. Le amo. ¡Sí, le quiero! Nada hay en el mundo que yo desee con tanto anhelo como ser su esposa, y sin embargo, jamás seré suya si persiste en su monstruoso error.

—¡Irma! —exclamó Zach roncamente, abrumado a la vez por la dicha y el desconsuelo que le producía la espontánea confesión de ella.

Pero la muchacha le atajó con un ademán y continuó:

—Nadie le ha hablado de mi padre, ¿verdad? Nadie le dijo nunca por qué le desterraron a Ganímedes condenado a trabajos forzados. Mi padre fue un traidor. Era oficial de Estado Mayor. Tenía hijos y una mujer enferma de quien cuidar. Creyó que podría obtener algún dinero vendiendo un pequeño secreto de su país y sentir su conciencia tranquila, respaldada su acción por la verdad de la imperiosa necesidad de sacar dinero de alguna parte. Ese fue su error. En primer lugar le cogieron, le desterraron a Ganímedes, llenó de vergüenza a su mujer y sus hijos y perdió a la mujer, víctima del deshonor y la miseria que cayó sobre la familia. Toda su vida fue un constante reproche para mí desgraciado padre. No sólo se sentía culpable de la muerte de su esposa. Cuando su país cayó bajo el invasor, mi padre se consideró en parte culpable de la desgracia que se abatía sobre su patria, porque ese invasor fue el mismo que le compró a él sus secretos. Y porque he vivido junto a mi padre los últimos años de su vida, puedo asegurarle que habría sido igualmente desgraciado aunque su traición jamás

se hubiese descubierto y viviese rodeado de la opulencia, producto de su traición, en un país extranjero donde la justicia de su subyugada patria no le pudiese alcanzar.

—Bueno, Irma -dijo Zach hondamente impresionado-; ¿Qué le parece si aplazamos esta discusión para otro momento?

—¿Cuál momento? ¿Después que usted haya consumado su traición y no pueda volverse atrás?

—¿Cree que ahora puedo volverme atrás?

—Sí. Regresando a Finan con su buque y entregándose a las autoridades de su país. Le castigarían, lo sé. Pero cualquier pena que le impusieran sería transitoria y nunca tan penosa como vivir el resto de su vida bajo tan terrible remordimiento.

Una voz, la de Reichle, sonó en la cabina evitando a Zach el apuro de tener que dar una respuesta:

— No, nuestro amigo no puede volverse atrás. Es demasiado tarde.

Zach y la señorita Noerberg se volvieron, a mirar al capitán pirata, que ocupaba todo el hueco de la puerta estanca y les contemplaba con el ceño fruncido. Reichle añadió por si quedaba alguna duda:

— Yo no se lo permitiría.

Irma volvió sus ojos interrogantes hacia Zach. Éste, levantando los hombros, pronunció con acento fatalista:

— El señor Reichle acaba de pronunciar la última palabra.

Irma se dirigió en línea recta hacia Reichle, el cual se apartó dejándola pasar. Poco después se escuchaba el golpetazo de la puerta de la cámara de la muchacha.

Reichle miró sombrío a Sawmill. Éste sonrió y le invitó a tomar el asiento del copiloto con un desenvuelto ademán.

A 500 kilómetros de altura sobre la blanca cobertura de nubes que ocultaba al planeta, el operador de radar anunció la presencia de una docena de buques siderales tritones.

-Nos tienen rodeados por todas partes -informó Lowie-. Los tenemos por parejas arriba, a babor, a estribor, delante y detrás. Y ahora, dos más acaban de aparecer por debajo. Se han parado.

-Van a lanzar -dijo Reichle, que ocupaba el sillón del teniente Elrod junto a Sawmill.

Minutos antes, Zach había puesto en funcionamiento la caja negra. El operador de radio de Reichle comunicó:

—Los tritones preguntan si estamos preparados.

-Sí, ya estamos preparados —contestó Reichle. Y miró a Zach buscando su aprobación.

La voz del operador dio la respuesta en lengua tritona. Se hizo el silencio en todo el crucero. El suave zumbido de la turbina que movía la

dinamo fabricando la electricidad que consumía el buque, hacía vibrar los mamparos de acero.

—¡Han lanzado! —anunció de pronto la voz del operador de radar.

Zach, Reichle y el teniente Elrod no apartaban sus ojos de la cóncava pantalla de televisión. En ésta, vieron avanzar vertiginosamente una veintena de brillantes luminarias; los torpedos tritones reflejando la luz del sol. Por la derecha e izquierda, en ambos extremos de la alargada pantalla, otros puntos luminosos se acercaban como veloces chispas arrastradas por un huracán.

De pronto, el espacio se abrió en medio centenar de globos de fuego que chisporrotearon un segundo y se apagaron en mitad de un fantástico halo verde-azulado.

Los torpedos habían detonado al chocar contra la invisible muralla electrónica.

Reichle dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—¡Estupendo! Espero que esto convencerá a los tritones.

—No cantemos victoria tan pronto —dijo Elrod pesimista—. Tal vez quieran probar ahora con algún otro modelo secreto de torpedo.

-Conocemos todos los modelos de torpedos tritones —dijo Reichle-. Los hemos estado utilizando durante años.

—Sí, ya lo sé. Los tritones les venden a ustedes sus cosmonaves y sus torpedos anticuados. Sin embargo...

La voz del operador de radio interrumpió al teniente Elrod:

-Los tritones dicen que van a descender. Que les sigamos.

- Bueno, esto parece que da por definitivamente zanjada la cuestión -dijo Zach alegremente-. No quieren hacer nuevas pruebas. Veamos qué quieren ahora.

Los buques siderales tritones estaban reuniéndose den kilómetros más abajo. Sawmill les siguió a través de la cobertura de nubes del planeta, hasta que la turbia masa de vapores se desvaneció y se encontraron a menos de 2.000 metros de altura sobre el océano.

La flotilla tritona, en correcta formación, voló sobre el mar impulsándose con sus hélices.

—Tome usted los mandos, Reichle - dijo Zach. Y abandonó la cámara de derrota dirigiéndose a la cabina de radar y sonar. El sargento Lowie y el sargento Calvert estaban allí inclinados sobre un extraño aparato electrónico que mostraba una especie de pantalla negra emplazada horizontal mente. Era un detector electromagnético de fondo.

Zach entró dejando caer la cortina negra que cubría la puerta. La cabina estaba apenas iluminada por una difusa luz que daba indirectamente al techo.

—¿Cómo va eso? —preguntó Zach.

—Mire esto —señaló Calvert a la pantalla. El detector registraba los altibajos del fondo submarino en forma de suaves ondulaciones de luz fluorescente, que eran más tenues cuando mayor era el fondo submarino y gradualmente más brillantes a menor profundidad.

Lo que ocurría en este caso, era que mientras el fondo submarino aparecía muy oscuro, destacaban aquí y allá en la pantalla una serie de círculos muy luminosos del tamaño aproximado de una naranja mediana.

— ¡Caramba! ¿Qué es eso? —murmuró Zach inclinándose con interés sobre la pantalla—. ¿No serán conos de volcán a flor de agua, verdad?

—Demasiado redondos. Además, observe que todos están a una misma profundidad.

—¿Hace mucho que los están detectando?

—Desde que vimos el mar. Hemos contado más de veinte. Y mire, todavía hay más.

Así era, en efecto. Mientras unos de aquellos extraños discos salían por el borde inferior de la pantalla, otros entraban por el borde superior.

—¿Qué tamaño real deben tener esos discos, deduciendo por la distancia y el tamaño aparente?

— Deben tener entre cuatro y cinco kilómetros de diámetro. Este es el término medio. Los hay más grandes.

Sawmill, boquiabierto, quedó mirando a los sargentos.

-¿Están pensando lo mismo que yo?—murmuró.

—Sí —repuso Calvert—. Esos discos están anclados al fondo, pero no descansan sobre él, sino que flotan entre dos aguas como un submarino, lo cual quiere decir que se sostienen así creando un campo de fuerza magnético como el que utilizan las cosmonaves para rechazar la fuerza de atracción de la tierra. Ahora bien, si un disco de ésos, llámese ciudad flotante o como se llame, es capaz de permanecer inmóvil entre dos aguas sin irse al fondo, y sí además están construidos tan robustos que pueden soportar la presión del agua...

—No hay razón que les impida abandonar el mar y elevarse en el aire... hasta salir de la atmósfera de Venus y emprender viaje a cualquier parte con una insignificante impulsión por motores cohete — concluyó Zach—. ¡Demonio! Así, eran ciertas nuestras sospechas. Los tritones han estado construyendo naves de transporte gigantescas... tal vez con miras a llevar un formidable ejército de invasión a nuestros planetas[7].

Los sargentos se limitaron a mirar a su comandante con los labios fuertemente apretados. En este momento, Zach sintió que la cosmonave iniciaba cierto movimiento de descenso.

—Retiren ese aparato, desmóntenlo y hagan desaparecer sus partes escondiéndolas por ahí. Y no comenten con nadie lo que han visto — ordenó Zach—. No sé si saldremos vivos de ésta, pero si los tritones

supieran con certeza que hemos descubierto su secreto, lo más seguro es que nuestros cadáveres sirvieran de pasto a los peces de Venus.

Zach abandonó la cabina regresando a la cámara de derrota. Reichle, los ojos fijos en la pantalla de televisión, señaló con la cabeza:

-Mire eso. Es una ciudad submarina de las que le hablé. Es raro que ésta se encuentre a flote, por lo general las anclan al fondo del mar.

Lo que Sawmill vio por la televisión era una gigantesca mole de acero que, semejante a un acantilado, se levantaba a 500 metros de altura sobre el nivel del mar. En su extremo superior, la ama de este férreo acantilado era redondeada. Después, una meseta circular de cuatro kilómetros de diámetro se extendía hasta el lejano borde opuesto de la ciudad flotante. El crucero sideral, siguiendo a la flotilla de cosmonaves tritonas, se disponía a aterrizar sobre esta gigantesca plataforma.

La voz del operador de radio se escuchó por el tornavoz del tablero de instrumentos:

—Atención. Los tritones comunican que debemos posarnos en el centro de uno de esos rectángulos pintados de blanco que hay sobre la plataforma. Exactamente sobre el que lleva el número cinco.

El *Ohio* estaba volando lentamente sobre la plataforma.

—Son grandes estos tritones, ¿no le parece? —fue el comentario de Reichle.

Sawmill estaba demasiado impresionado, demasiado asustado para responder.

Apenas el *Ohio* se había posado sobre el rectángulo blanco, todavía girando las hélices, se experimentó a bordo una ligera sacudida seguida de un brusco movimiento de descenso.

El crucero empezó a bajar. Estaban sobre un gigantesco montacargas del tipo de los utilizados en los antiguos buques portaaviones.

Capítulo VII

Mientras Reichle conferenciaba con la comisión tritona, teniendo siempre por testigo a Irma Noerberg, Zach Sawmill miraba a su alrededor sin perder detalle.

Se encontraban al pie de la escalerilla del *Ohio,* en un inmenso hangar parcialmente ocupado por cierto número de cosmonaves en forma de zepelines, cuidadosamente ordenadas en filas. En este hangar, cuyo techo estaba sostenido por sólidas vigas de acero, se movían los operarios tritones, los tractores y las máquinas herramientas que, al parecer, estaban dedicadas a la reparación de las enormes cosmonaves de crucero.

Ver a los tritones en su propio ambiente, sin escafandras ni trajes de presión ni rellenos de paja (había un tritón disecado en el museo del Espacio de Washington) era algo que Zach siempre había deseado. Ahora que podía verles, su impresión era de extrañeza y asombro.

La presencia de sus compañeros y el *Ohio* a sus espaldas, era lo único que ataba a Sawmill a su mundo de origen. Sin ellos, la impresión de encontrarse en un planeta distinto, habitado por seres de naturaleza y mentalidad distintas, habría sido abrumadora.

Reichle dijo volviéndose hacia Zach:

—Nuestros amigos están conformes en principio. Ahora quieren subir a bordo para echar un vistazo al buque.

—Está bien, siempre que no sean más de tres. ¿Les ha advertido que en ningún momento abandonaremos el buque y que nuestro buque y su ciudad saltarán en pedazos si intentan jugamos alguna granujada?

El más alto de los tritones, un tipo musculoso con un taparrabos púrpura, de cuyo cuello colgaba una especie de medallón verde, dijo inesperadamente en un inglés gutural:

—¿Granujada? No conozco esa palabra. ¿Qué querer decir?

Zach sabía que muchos tritones hablaban inglés, pero así todo fue una extraña experiencia oír su propio idioma en la repulsiva boca de aquel ser monstruoso.

—Quiere decir traición, señor.

—¡Ahí Nosotros no traidores, tritones no conocer traición. Ustedes querer oro ¡mucho oro! Nosotros dar oro y recibir buque. Oro no tener valor para tritones. Para estúpidos terrícolas sí tener mucho valor. Ustedes marchar tranquilos con su oro. ¿Por qué nosotros impedirlo?

Zach conocía al menos media docena de razones, pero se calló. La

mentalidad tritona era algo que la raza terrestre quizás no llegara a comprender jamás. En ciertos aspectos parecían ingenuos como niños y sin embargo se comportaban en otros aspectos con la astucia de viejos y veteranos políticos.

—No nos importa que examinen la mercancía —dijo Zach— siempre que a nuestra vez podamos examinar la suya. Un buen sistema sería que ustedes cargaran una cosmonave de oro, la sacaran al espacio y la dejaran abandonada con las puertas abiertas. Nosotros saldríamos al espacio con nuestro buque, abordaríamos al suyo y comprobaríamos que el oro estaba allí. Entonces trasbordaríamos abandonando nuestro buque que ustedes podrían recoger más tarde.

—A mí parecerme bien —repuso secamente el tritón.

Tres de los tritones, probablemente técnicos, subieron a bordo del *Ohio* en compañía de Reichle y la señorita Noerberg, quedando Zach con el tritón del medallón junto a la escalerilla del crucero.

El tritón guardaba silencio y Zach le imitó permaneciendo con la boca cerrada. Transcurridos veinte minutos, los tritones reaparecieron seguidos de Irma y Reichle. Uno de los tritones llevaba bajo el brazo la caja negra.

-¿Qué significa esto? -preguntó Zach.

El tritón que dirigía las negociaciones contestó por Reichle:

—Ser parte condición. Usted, no caja, usted no poder escapar con su buque y nuestro buque cargado de oro. Nosotros, caja sola, no servir para nada si usted hacer volar buque, supuesta «granujada» nuestra. ¿Se llama así?

Zach tuvo que admitir que el trato era justo. A los tritones el oro no les importaba, pero no querían ser engañados ni permitirían que los terrícolas escaparan con su riqueza al amparo de la protección de la «coraza negra» del crucero. En cambio dejaban a los terrícolas la alternativa de suicidarse destruyendo el crucero y con él la parte del secreto que quedaba en las instalaciones de a bordo, si en cualquier momento se consideraban traicionados.

-Ahora, ustedes poder salir al espacio y esperar allí cosmonave cargada de oro —dijo el tritón.

Zach no se hizo repetir esta invitación. Con oro o sin él, su misión estaba casi enteramente cumplida. Lo estaría totalmente cuando los tritones tuvieran en su poder el crucero. Después de esto, si podía regresar a Finan, se consideraría dichoso.

De nuevo a 500 kilómetros de altura, los cosmonautas esperaban llenos de impaciencia la aparición de la cosmonave tritona. Hacía seis horas que abandonaron la ciudad tritona, siendo elevados por el montacargas hasta la cubierta del gigantesco disco y emprendiendo el vuelo directamente desde la plataforma.

Después de comer, demasiado inquietos para sentir verdadero apetito, Reichle se había trasladado a la cabina de radar, desde donde escrutaba impaciente el espacio a la espera de ver aparecer la cosmonave tritona.

Irma Noerberg, así despegó el crucero, habíase encerrado en su cámara con evidente disgusto contra Zach.

En el comedor de los oficiales, el teniente Elrod y la rubia despampanante Melva charlaban en voz baja, muy juntos los rostros en actitud que habría despertado los recelos de Reichle, si Reichle no estuviera demasiado preocupado por la tardanza de los tritones.

En cuanto a Zach, impaciente, si bien que por razones muy distintas de las de Reichle, paseaba por el buque revisando todos sus compartimientos, cambiando alguna palabra en voz baja con sus hombres, inquieto ante la proximidad de los acontecimientos que no se harían esperar.

Al pasar por el comedor de la tripulación, Zach halló a los hombres de Reichle tratando de ocultar su impaciencia en el juego de cartas.

Hablaban en voz baja. Cuando Zach pasó por el comedor, los piratas enmudecieron y evitaron mirarle de frente. Sawmill creía saber el pensamiento que se ocultaba tras la frente de aquellos hombres.

De regreso hacía la cámara de derrota, Zach vio a Reichle que salía disparado de la cabina de radar y anunciaba excitado:

—¡Ya están ahí!

—¿Los tritones?

—Han cumplido lo pactado. Viene una sola aeronave.

Reichle se precipitó hacia la cámara de derrota, a donde le siguió Zach. La noticia de la llegada de la cosmonave se había corrido en un segundo por todo el buque. Sonaban voces, pisadas y rumor apagado de carreras. Hasta Irma Noerberg salió de su camarote para entrar en la cámara de mando. El teniente Elrod acudió también seguido de la bella Melva.

—Vayan a sentarse todos —gritó Reichle furioso—. Tenemos que poner los motores en marcha.

La aeronave tritona acababa de aparecer sobre la envoltura de nubes del planeta y venía hacia el *Ohio* volando a unos 2.000 kilómetros por hora. El crucero empezó a moverse también mientras la nave tritona le iba dando alcance, de manera que cuando se encontraron la una junto a la otra, las dos llevaban la misma, velocidad.

—Elrod, tome usted los mandos —dijo entonces Zach abandonando su asiento—. Reichle y yo abordaremos a la cosmonave para comprobar su cargamento.

Zach entró en su camarote para equiparse con el traje de presión completa. La puerta había quedado entreabierta. Irma Noerberg empujó esta puerta y se quedó en el umbral mirando a Zach mientras éste se embutía en su equipo.

—Vaya por su traje de presión. Vendrá conmigo —le dijo Zach.

-Sawmill todavía está a tiempo -dijo la muchacha.

-¿A tiempo de qué?

-De volver atrás. La caja negra es sólo una parte del mecanismo de la coraza. Seguramente los tritones no podrán reconstruir todo el ingenio a partir de esa sola pieza.

-Irma, no diga tonterías. No puedo volverme atrás. ¿Quiere que Reichle me pegue un tiro?

-Probablemente intentará pegárselo de todas formas.

-Vaya por su equipo, Irma. Este asunto ya está suficientemente discutido —dijo Zach con brusquedad.

La mirada que ella le lanzó y la forma airada en que salió, hadan presumir que se negaría a obedecerle. Zach se ajustó la escafandra, tomó la pistolera y se la ciñó sobre el traje. Sacó la pistola automática, extrajo el cargador y vio que estaba completo. Lo puso en su sitio, tiró del cerrojo y montó el arma, colocando el seguro.

Repitió la misma operación en la metralleta que descolgó de la percha. Armado y equipado salió al corredor, donde se encontró con Irma que salía en ese instante de su cámara equipada con su traje de presión.

Reichle ya estaba junto a la escotilla abierta que conducía a una de las esclusas de los botes salvavidas. Traía también su pistola, pero ninguna ametralladora.

—¿Por qué tanta artillería? —dijo señalando la subametralladora de Zach—. Los tritones están cumpliendo al pie de la letra las condiciones. No creo en una traición.

—Nunca se sabe —dijo Zach ambiguamente.

Melva apareció en este momento, también equipada para salir al espacio. Detrás de Melva llegó Sperry, uno de los guardaespaldas de Reichle, también armado y equipado completamente.

—Deja la metralleta, Sperry —dijo Reichle—. No la vas a necesitar.

Sperry entregó la metralleta a Weed, otro de los guardaespaldas de Reichle que estaba junto a la escotilla, aunque sin armas ni equipo.

—Íd poniéndoos el equipo y recogiendo el equipaje —dijo Reichle a sus hombres—. Apenas comprobemos que todo está en orden os llamaremos para que hagáis el trasbordo.

—¿Por qué viene Sperry con nosotros? —dijo Irma de sopetón.

Reichle le lanzó una mirada aniquiladora.

-Para que vuelva con el bote por los demás, solamente por eso.

La razón era plausible. La muchacha guardó silencio.

-Vamos ya -dijo Reichle empezando a bajar el primero por la escotilla.

Directamente debajo de la escotilla estaba la cabina abierta del aerobote. Se trataba de la misma aeronave con la cual Zach rescató a Irma

Noerberg del espacio después del combate con los buques siderales piratas.

Reichle se sentó ante los mandos mientras Zach cerraba la cubierta de cristal. Arriba cerraron también la escotilla de acero.

Un golpe seco expulsó a la navecilla fuera de la cámara al abrirse las compuertas. Se encontraron en el espacio, alejándose lentamente del costado del crucero en dirección a la cosmonave que volaba un cuarto de milla más allá.

En este momento se abrieron las compuertas en el costado del buque tritón. Una navecilla, muy parecida a la finesa, rué expulsada al espacio.

Era la tripulación faltona que abandonaba la nave, según las condiciones del acuerdo. La navecilla, al abandonar la cosmonave, quedó ligeramente rezagada, como evidenciando su propósito de esperar hasta que la tripulación del *Ohio* desocupara el buque.

Reichle era un hábil piloto, para el cual no ofrecía dificultad introducir un aerobote en una esclusa de recepción.

Unos minutos más tarde, Zach empujaba la escotilla de acero y trepaba por la escalerilla hasta la entrada de la cosmonave. Casi lo primero que vio, fue que las puertas de los camarotes estaban abiertas, mostrando el interior de las cabinas materialmente atiborradas de pequeños lingotes de oro cuidadosamente apilados.

Había también un montón de oro en barras en el espado que formaba el comedor de la tripulación, y este montón se desparramaba sobre el corredor.

Reichle, trepando inmediatamente detrás de Zach, quedó extasiado contemplando aquella maravilla.

—¡Oro! —exclamó roncamente -. ¡Todo un buque repleto de oro!

—Tan repleto que no ya a dejarnos espacio para comer ni para dormir — comentó Zach.

Reichle echó a correr de camarote en camarote, asomándose a todos, tomando aquí un par de lingotes, dejándolos caer allá y corriendo al otro camarote para comprobar su contenido.

Melva, al trepar hasta la entrecubierta, miró estúpidamente a su alrededor e, inexplicablemente, se echó a llorar a moco tendido.

Irma Noerberg; por el contrario, frunció los labios y aquilató con desdén aquella fabulosa riqueza. Reichle había llegado hasta el montón de barras del comedor y echado de rodillas acariciaba los brillantes lingotes. Bruscamente se puso en pie, corrió hasta el compartimiento contiguo y comprobó que todos los demás camarotes, incluso la cocina estaban llenos hasta el techo de las doradas barras.

Pálido y desencajado regresó hada donde estaban Zach y las dos chicas.

—¿Ha visto eso, Sawmill? ¡Somos ricos! ¡Inmensamente ricos! ¡Vaya y diga a los muchachos que pueden venir!

Sawmill accedió. En realidad había advertido a sus hombres para que desarmaran e inmovilizaran a la cuadrilla de Reichle, si él personalmente no les comunicaba la orden de pasar a bordo de la cosmonave tritona. Zach desconfiaba de Reichle, pero ignoraba en qué momento éste decidiría apoderarse del buque y su tesoro.

Zach entró en la cabina de la radio, dejó la metralleta en el suelo, contra la mesa, y tomó asiento ante el emisor. No había llegado a tocar los mandos cuando oyó una voz conminatoria que le hizo comprender su error.

—¡Arriba las manos, Sawmill!, No intente coger la metralleta porque le achicharro.

Era Reichle, naturalmente. Reichle, que desde el hueco de la puerta le apuntaba con su pistola. Reichle sonreía.

—Le cogí, Sawmill. No es usted tan listo, después de todo. Estoy seguro que la chica le previno contra mí. Sin embargo se descuidó.

—Sabía que más pronto o más tarde intentaría esto —repuso Zach levantando las manos—. Pero la pelota todavía está en el tejado. Mis muchachos están advertidos y no se dejarán sorprender tan fácilmente como yo.

-Sus muchachos y los míos van a llevarse una sorpresa, amigo mío. Mientras pelean entre sí, yo voy a abrir toda la llave del gas a este aparato y largarme con el buque y el oro. ¿Je, je! ¿A que usted no había pensado siquiera en esto?

—No. Francamente, nunca le imaginé tan ruin.

- Le queda a usted mucho por aprender, jovencito... ¡Claro que ya es demasiado tarde para que aprenda! Sí, demasiado tarde. Ahora le pegaré un tiro detrás de la oreja y arrojaré su cadáver al espa...

Una detonación en el pasillo interrumpió a Reichle. El pirata retrocedió de un salto hasta el corredor y volvió la cabeza.

—¡Maldita gata! —bramó encañonando a alguien que estaba en el corredor.

Reichle disparó al mismo tiempo que, aprovechando su distracción, Zach se inclinaba y cogía su metralleta.

Sólo tuvo tiempo para empuñarla por el cañón. Reichle hizo fuego hacia el comedor e inmediatamente se volvió contra Sawmill con la pistola en la mano.

Zach había saltado en pie y le asestó un fuerte golpe con la culata del arma en la muñeca.

Reichle, soltó la pistola lanzando un rugido de dolor. Zach, continuando la embestida emprendida, saltó por la puerta de la cabina y cayó sobre el pirata. Lo empujó contra el mamparo del pasillo y le atrapó la garganta con la ametralladora de través.

—¡Ladrón! ¡Ladrón! —rugió el bandido.

Era un tipo forzudo, pero no pudo apartar de sí aquella tenaza mortal que le apretaba la garganta. Recurrió a la estratagema de dejarse deslizar hasta el suelo, propinó un formidable empellón a Zach y lo arrojó violentamente contra el mamparo. Zach perdió la ametralladora.

Reichle saltó en pie y disparó su puño contra el pecho del finés.

El traje acolchado de presión amortiguó considerablemente el golpe, a pesar de lo cual Zach sintió el lacerante dolor en el corazón. Avanzó su puño y tuvo la fortuna de alcanzar a Reichle en la barbilla.

El gigante fue a estrellarse ahora contra el mamparo de acero, mas rebotando en él como un muñeco de goma cayó sobre Zach y le empujó al piso.

Rodaron por las planchas unidos en apretado abrazo. Reichle quedó sobre Zach, echó el busto atrás y esgrimió una barra de oro que debió coger del piso. Zach vio descender la barra sobre su cabeza y se echó a un lado haciendo una violenta contorsión. La barra golpeó ruidosamente contra las planchas y Reichle cayó derribado.

Zach le echó las manos a la garganta y le golpeó la cabeza contra el mamparo. El acero resonó lúgubremente bajo el cráneo de Reichle. Reichle quedó medio atontado, lo que permitió a Zach soltarle y ponerse en pie.

Una rápida mirada le mostró a Irma Noerberg contra un mamparo, encogida con un brazo sobre el vientre, pálida y mirándole con ojos en donde se reflejaban el dolor y la angustia.

En el piso, tendido de bruces, yacía Sperry, el guardaespaldas de Reichle.

Todo esto vio Zach en un rápido vistazo, mas con ser tan breve su distracción, bastó para que Reichle le enredara las piernas con sus pies y le derribara.

Zach cayó de espaldas al mismo tiempo que Reichle se incorporaba de un salto. El pirata hundió la mano en el bolsillo bajo de su traje acolchado. Sonó el chasquido de un muelle. La afilada hoja de una navaja apareció en la mano de Reichle.

Sawmill echó mano a la pistolera. Sólo tuvo tiempo de quitar el seguro y disparar desde la funda. Y de apartarse.

Reichle, con un balazo en el corazón, cayó con todo su peso sobre el mismo lugar que el finés había ocupado un segundo antes. La punta de la navaja pegó en las planchas de acero. La hoja se partió, saltó y resbaló tintineando por el piso.

La lucha había terminado y Sawmill se puso en pie mirando el corpachón sin vida de su enemigo. Luego corrió hacia Irma. En la puerta del compartimiento estanco, Melva le miraba con horror y asombro.

—¡Irma! ¡Dios mío, estás herida!

—No es nada de importancia —la muchacha apartó su brazo y Zach

pudo ver la mancha purpúrea que iba empapando su traje sobre la cadera.

Zach miró al exánime Sperry y de nuevo a la chica. En el piso, a los pies de Irma, vio una pequeña pistola automática niquelada. Zach se inclinó y con ella en la manó quedó sin saber qué hacer.

-El oro es tuyo -dijo Irma con sarcasmo-. ¿A qué espesas para pegar un alarido de alegría?

-Irma, ¿mataste a Sperry? Y lo hiciste por mí.

—No me des las gracias. Tenía que hacerlo. De lo contrario, él habría arrojado mi cadáver al espacio al mismo tiempo que el tuyo -dijo Irma. Y señaló con la cabeza el cuerpo de Reichle.

La horripilante impresión del drama se desvaneció en el ánimo de Zach al recordar que no todo estaba concluido.

—Tengo que volver con el bote al crucero —dijo de pronto—. ¿Podrás resistir hasta que volvamos, o quieres que te ayude ahora?

—Ve —dijo Irma secamente—. Melva me ayudará.

Zach se dirigió hada la rubia.

-Melva, estoy seguro que usted estará de nuestro lado. He creído adivinar que ama al teniente Elrod. ¿Es así?

Las pálidas mejillas de la muchacha se cubrieron de súbito rubor.

—Está bien —dijo Zach—. Voy en busca de Elrod y el resto de los muchachos. ¿Querrá ocuparse de Irma?

Melva asintió con rotundo movimiento de cabeza. Sawmill se ajustó de nuevo la escafandra, recogió del piso la metralleta de Sperry y se deslizó por la escotilla hasta el aerobote. De pie sobre éste cerró y aseguró la escotilla de acceso al buque. Luego, sin molestarse en correr la cubierta del bote, tiró de la palanca que accionó el resorte que abría las compuertas.

* * *

Al entrar en la esclusa del *Ohio* y cerrarse las compuertas, una débil luz roja bañó a Sawmill mientras éste quitaba el seguro del arma. Poco después llegó hasta sus oídos un ruido silbante, el que producía el aire comprimido al llenar la esclusa. Transcurridos dos minutos más, sobre su cabeza se dibujó el círculo iluminado de la escotilla que se abría.

Zach trepó por la escalerilla hasta la entrecubierta. Sabía que iba a pillar por sorpresa a la cuadrilla de Reichle, como en efecto ocurrió. Dos de los pistoleros de Reichle estaban junto a la escotilla, enfundados en sus trajes de presión, listos para embarcar en los botes. Zach les encañonó con la metralleta.

-Y ahora, muchachos, levantad las manos y no intentéis siquiera pestañear.

-¿Qué significa esto? -exclamó Weed estupefacto.

-Significa, amigo, que las cosas no sucedieron como «Barba Roja»

había planeado.

El corredor y el contiguo comedor estaban llenos de hombres. Hombres de Reichle, hombres de la Armada Sideral de Finan, todos con traje de presión, con sus armas, algunos con las escafandras puestas, listos para embarcar en los botes.

Se produjo un largo silencio. Alguien restregó nerviosamente los pies.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó Broocks, otro de los fieles guardaespaldas de Reichle.

—Ha muerto. Yo le maté. Y también Sperry está muerto. Y lo estaréis vosotros si no dejáis caer ahora mismo vuestras armas.

Allá en el comedor, un hombre inició un alocado movimiento hacia su pistola. El corpulento Duncan Dismdale le asestó un culatazo con su metralleta.

Esta fue la señal para que los hombres de Reichle se arrojaran contra los cosmonautas de Sawmill. Broocks y Weed no habían soltado sus metralletas. Weed levantó el cañón de la suya.

Sawmill tiró del gatillo.

La ráfaga de ametralladora alcanzó a Weed de lleno en el vientre. Mientras el pistolero caía, Broocks intentó disparar, y él fue por consiguiente el segundo en morir.

El tableteo de la ametralladora tuvo un efecto sedante instantáneo. Los piratas dejaron de luchar.

— Desarmadles —ordenó Zach con voz tajante.

El teniente Elrod vino abriéndose paso entre un bosque de brazos rígidos alzados hacia el techo.

-¿Qué ha sido de Melva? -preguntó Elrod lleno de ansiedad.

—George, ¿quiere de veras a esa chica?

-Sí.

—¿A pesar de lo que ha sido?

-Es una buena chica, como la señorita Noerberg. También usted ama a Irma. Sin embargo ha pirateado, ha atacado aeronaves, ha saqueado y ha robado.

-La señorita Noerberg nunca pretendió ganar fama como corsario. Después que Reichle mató a su padre, Irma surcó los espacios a la espera de encontrar una oportunidad de vengarse.

-Sí, creo que los dos acabaremos por encontrar buenas disculpas para nuestro par de ovejas descarriadas —dijo Elrod sonriendo con ironía.

- Melva está perfectamente — dijo Zach —. Le espera. Así que esposen a estos granujas, carguen con todas las provisiones de la despensa y vámonos. Los tritones deben ocupar este buque como convinimos.

* * *

Zach Sawmill fue el primero en pisar la entrecubierta de la cosmonave. Inmediatamente fue a buscar a las muchachas, que se encontraban a proa en la cámara de derrota, único espacio que había quedado libre de los lingotes de oro.

Irma estaba echada en uno de los sillones extensibles de los pilotos. Melva acabó de hacerle un buen vendaje con tiras de su propia y delicada ropa interior, miró a Zach y dijo:

—La herida no es de cuidado. ¿Han traído el botiquín?

—El teniente Elrod carga con él. Y con su maldito perro.

Melva salió de la cámara dejándoles solos. Entonces sus miradas se encontraron.

—Echaremos al espacio el oro de uno de esos camarotes y te acostaremos en una buena litera -dijo Zach.

—¿Echar tu oro por la borda? ¿Crees que valgo tanto?

-Sí. Y echaría también el resto del oro por verte contenta, sí ese oro fuera mío.

—Es bien tuyo. Lo has ganado con la traición a tu patria y la sangre de unos cuantos seres humanos. Pagarás un alto precio por él, pero ahora nadie puede disputárselo.

-¡Oh, ya lo creo que habrá quien me lo dispute! -exclamó Zach riéndose-. La Tesorería de la República de Finan se incautará de él apenas lleguemos. Hasta el último gramo. Y todavía registrarán en mis bolsillos por si queda algún lingote extraviado.

—¿Qué estás diciendo, bromeas?

Zach miró hacia la gran pantalla apaisada de televisión. En uno de los ángulos de la pantalla vio un pequeño aerobote que en este momento maniobraba para introducirse en una de las esclusas que habían quedado abiertas en el costado del *Ohio.* Zach esperó hasta que las portas se hubieron cerrado atrapando dentro a la navecilla. Luego se volvió a Irma y sonrió:

-Los tritones ya están a bordo de nuestro crucero. Han caído en la trampa.

—¿A qué trampa te refieres?

—A la que les tendió nuestro Servicio de Información. Los tritones van tan contentos con esa coraza electrónica que creen haber comprado con su oro. Bien lejos están de sospechar que esa coraza electrónica les hará caer en el abismo del que no se recuperarán jamás.

Irma hizo un esfuerzo para incorporarse, lo cual le impidió su herida. Con una mueca de dolor volvió a dejar la cabeza sobre el respaldo.

—No te entiendo —murmuró—. O deliras, o soy yo quien está delirando. Una trampa... el Servicio de Información... la Tesorería de la República de Finan. ¿Qué significa todo eso?

—Nuestro Servicio de Información sospechaba que los tritones se estaban preparando en secreto para atacar a Finan. Los tritones nunca se resignaron a perder su planeta, y es natural que así fuera. Venus, su refugio temporal, es un planeta muy incómodo. Sin oxígeno, sin plantas... un mundo joven en el que está todo por hacer. Los tritones jamás iniciaron en Venus empresas encaminadas a mejorar su futuro. La razón es obvia, no esperan estar toda la vida en Venus. Han trabajado duramente durante el último medio siglo, es cierto... creando una poderosa industria de armamentos y multiplicándose en cantidades enormes para abrumarnos con su ejército de invasión formado de centenares de millones de soldados que habrían de aplastarnos en su día. Con estas sospechas, el Estado Mayor de Finan ideó un plan diabólico para impulsar a los tritones a acometer una aventura en la que sufrirán tremendo e inesperado descalabro. La coraza electrónica que hemos simulado vender a los tritones no es la última arma inventada por los científicos fineses...

—¡Zach! —exclamó la joven roncamente.

—En realidad, tan pronto se inventó la «coraza negra», vio la luz un invento que dejaba anticuado a todo lo demás. No puedo decir qué cosa es, pero sí asegurarte que cuando los tritones, apresurando su invasión para no darnos tiempo a equipar a toda nuestra armada, caigan sobre nuestros buques siderales, van a sufrir la mayor sorpresa de su vida. Ninguna coraza puede detener a nuestra arma. Y nosotros no vamos a utilizar torpedos[8], aunque estaremos protegidos contra ellos por una coraza electrónica superada y mucho más eficaz.

—¿Entonces... quieres decir que tú... que no...? —balbuceó la joven abriendo desmesuradamente sus ojos.

—¿Que no soy un traidor? Ciertamente, no lo soy. Ni soy un rebelde, ni mi verdadero grado es el de teniente, ni siquiera me llamo Sawmill. Zach Sawmill existe, es un teniente de nuestra Armada. Yo soy el comodoro Lodge, aunque por una curiosa coincidencia mi nombre de pila es Zach. Esta aventura, si es que sale bien, me valdrá un nuevo ascenso. De manera que...

Irma Noerberg se echó a llorar. Lloró fuertemente, pataleando y lanzando rugidos de rabia.

—¡Quiero levantarme! ¡Quiero salir de este buque! ¡Quiero que me arrojen de nuevo al espacio!

—¡Irma!

—¡Me has engañado, te has burlado de mí! ¡Y yo que me enamoré de ti creyéndote un traidor, un rebelde, un sin patria y un... un...!

Zach cayó rápidamente sobre ella, la rodeó con sus brazos y acalló sus gritos aprisionándole los labios en un beso.

Al separarse, él le dijo mirándola fijamente a los ojos:

—Esto sí es cierto, Irma, De toda la farsa que he vivido, lo único cierto es mi amor por ti. Te amo. Y quiero que seas mi esposa.

Ella lloraba mansamente cuando el teniente Elrod asomó alarmado por la puerta de la cabina.

—No ocurre nada, teniente Sawmill. La señorita Noerberg está un poco excitada...

—¡Un poco! —exclamó la joven—. ¡Si me parece que voy a enloquecer! ¿Por qué llamas Sawmill a Elrod?

—Porque él es Sawmill, querida —repuso Zach sonriendo. Se dirigió al teniente—: Adelante, Sawmill. Siéntese a los mandos y salgamos de una vez de este maldito lugar. Sawmill así lo hizo.

FIN

Notas

[←1]

Reaparece aquí una de las características más peculiares de las novelas de Pascual Enguídanos: el Ganímedes habitable y tropical, un escenario extremadamente infrecuente en la Ciencia Ficción.

[←2]

-¡Pero los lectores no lo saben y de alguna forma había que explicárselo, sargento! -replicó Sawmill.- Disculpen el bromazo, no he podido evitarlo.

[←3]

La descripción de este tipo de combate espacial de torpedo contra coraza podría encajar, tal cual y sin la menor corrección, en cualquier novela de la Saga de los Aznar posterior a Salida hada la Tierra (Tomo IV).

[←4]

Espero que sean ustedes de esos lectores que piensan y extraen conclusiones, no de los que se limitan a tragar párrafo tras párrafo, obviando cualquier concesión a la lógica con la excusa de «sólo es una novela de Ciencia Ficción». Si son de los primeros, les chocaría la decisión de los norteamericanos de abandonar su país y lanzarse a la conquista de Finan, que tendrían que disputar a los tritones, estando Venus disponible. Bueno, pues ya tienen la contestación a esa cuestión: en el Venus, de la Trilogía de Finan no hay oxígeno. Y recordemos que los alemanes han debido terraformar Marte para habitarlo.

[←5]

¿Y por qué no iban a construir las mejores astronaves, siendo una raza más avanzada que la humana?

[←6]

He aquí uno de los topoi más frecuentes en la obra de Enguídanos. El lector de la Saga de los Aznar *sabe que en Valera y las distintas sociedades futuras descritas en la serie, el oro carece de valor, ya que no existe la propiedad privada. Como objeto de codicia por parte de la débil raza humana que pinta el autor se encuentra en las tres novelas de la serie* Heredó un mundo *y en la novela independiente* Hombres en Marte.

[←7]

Los transportes de tropas tritones no parecen diferenciarse de los de la Armada Sideral Valerana más que en su menor tamaño.

[←8]

Tengo la sospecha de que la Trilogía de Finan es una serie inconclusa, y esta es una de las pruebas. Sawmill deja en el aire la naturaleza de esa nueva Arma que los fineses van a utilizar contra los tritones, lo que no me termina de encajar con la personalidad de Pascual Enguídanos. Hablaremos sobre ello en el comentario.

¿Qué haría usted si supiera exactamente el día y la hora en que la Tierra va a ser invadida?

¿Qué haría si, mientras espera un enemigo que supone vendrá del espacio, éste apareciera de repente a sus espaldas?

¿Cuál sería su reacción ante un invasor completamente distinto, absolutamente distinto de todo lo que usted hubiera podido imaginar?

Estas son sólo algunas de las preguntas que usted podrá contestar leyendo:

EXTRAÑA INVASION

Una obra de ciencia-ficción distinta a todas las que usted haya podido leer. Irónica, ferozmente sarcástica, nos presenta una invasión sorprendente, enormemente sorprendente. Los rizmunianos eran unos seres de inofensiva apariencia. ¡Pero nadie conocía el alcance de su verdadero poder!

P. DANGER

con un estilo distinto y un tema completamente diferente del de todas sus anteriores obras, le ofrece en esta novela el relato de lo que pueda llegar a suceder el día en que la Tierra se vea sometida a una invasión completamente distinta a la que todos nosotros, consciente o inconscientemente, esperamos.

EXTRAÑA INVASION

No olvide este título. Marcará un hito en el camino de la literatura de ciencia-ficción. Y, como es natural, estará presentado próximamente por la única colección que puede hacerlo en España: la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: 7 pesetas.

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú. 924. Bs. As.